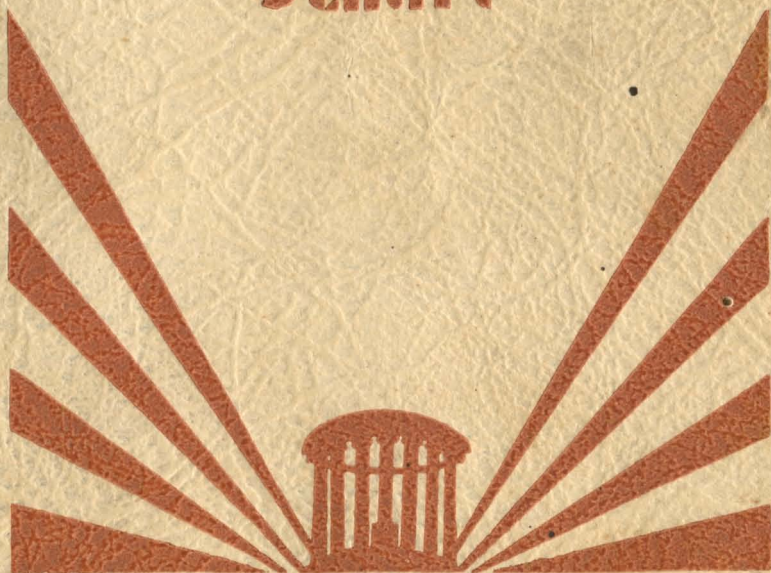


SANTUARIO

de

ORIENTE

Schuré



Santuarios de Oriente

isla de las palmas soñadoras ha desaparecido...!

Las traiciones y los espejismos de la vida han sucedido a la paz de Isis. Cerca de una gran roca se ven unos jóvenes nubios que se precipitan en el brazo más violento del Nilo y franquean nadando cien metros en tres segundos, impulsados por una sola ola. Así se precipitan las almas en el torrente de las generaciones.

Arqueados sobre sus remos, los remeros bereberes, de rostros de ébano y sonrisas de marfil trabajan con todas sus fuerzas. Cantan para darse ánimo mientras salvajes resplandores brotan de sus ojos. ¿Que se trata de dar la vuelta a un arrecife? Invocan a su santo con una especie de grito jadeante y ritmado *Yalla aia Said? Yalla aia Said!* ¿Que ha pasado el peligro? Entonces entonan alegremente una canción de amor y celebran a la bella Lyssa, raptada al desierto: *¡Lyssa ai Lyssa!*

Pero el falucho vibra en el último remolino de los rápidos. Se levanta viento sur; la vela se hincha e inclina su punta graciosa hacia el agua calma. Ya descendemos rápidamente por el gran río de la vida, que es, también, el de la historia, sin saber si nos llevará a las sombrías montañas de Judea o hacia la luminosa Hellas. El primero de estos dramas, es decir, la historia y los viajes del alma, en el corazón mismo del pensamiento egipcio, o sea en el templo de Abydos, antiguo y misterioso santuario de la religión osírica.

LIBRO III

LA GRECIA HEROICA Y SAGRADA

Olimpia, La Acrópolis y Eleusis

Sunt fulgura mentis.

LIBRO III

LA GRECIA HEROICA Y SAGRADA

OLIMPIA, LA ACRÓPOLIS Y ELEUSIS

I

CORFÚ. — EL ALMA GRIEGA

Son las tres de la madrugada y bogamos entre Brindisi y Corfú. He subido al puente esperando, lleno de inquietud, ver tierra griega. El mar tranquilo como un espejo, se halla envuelto en una neblina espesísima, y la sirena del buque ha sonado sin interrupción durante toda la noche. Por fin se calla, pues acabamos de cruzar muy cerca del otro paquebot que hace el viaje en sentido inverso. La sirena de hierro lanzaba en su proa el mismo gemido sonoro para evitar un choque en esta cerrazón. ¡Cuán siniestro me pareció el grito de la sirena de hierro en la noche! Se diría el quejido del navío en peligro. ¡Ah! Era el áspero grito del Prometeo moderno, del hombre que ha domeñado al vapor para darse alas, nivelar la tierra y conquistar el globo; pero que ha llegado a ser el esclavo de los elementos cautivos y revueltos, siempre amenazado por sus sordas explosiones y por sus choques terribles. Él ha conquistado y perdido la Belleza, constituyendo una nueva esclavitud: la del hombre oprimido por la máquina.

¡Cosa rara! Esta voz de la sirena de hierro me recuerda la de otra voz de hace dos mil años: es la voz misteriosa que oía un piloto salir de una isla desierta y gemir en el silencio de los mares: "¡El gran Pan ha muerto!" El gran Pan es la naturaleza viviente y la madre del hombre, animada por las fuerzas divinas. Fué muerto por la Iglesia por primera vez, lo cual fué quizás inevitable después de la decadencia pagana para que el alma humana pudiese recogerse y sondearse. Pero el gran Pan resucitó en el siglo XVI con el Renacimiento. Y he aquí que la ciencia moderna parece haberle muerto por segunda vez con sus análisis impíos. Esto también era indudablemente necesario para que el espíritu humano conociese la substancia del mundo visible hasta el átomo. Y, sin embargo, el mundo gira con sus armonías y el alma vive con su conciencia: y la ciencia del día no explica ninguna de las dos cosas.

¿No es a Pan a quien buscamos siempre cuando vamos a visitar la Grecia en ruinas?

Una brisa suave que soplaba desde el Adriático ha disipado la niebla. Sobre el cielo apenas blanqueado por el alba, resalta una sierra de picos salvajes y sombríos. Son los montes Acroceraunios y esta es la tierra griega que veo por primera vez. Frente a esta costa áspera y desolada de la Albania, en que apenas se ve algún que otro pueblucho pobre aferrado a una roca escarpada, he invocado involuntaria y súbitamente la guerra de la independencia helénica, que fué una de las

glorias de los comienzos de este siglo. pues, detrás estas montañas del Epiro, se libraron los más asombrosos combates de los suliotas contra Ali-Pachá.

Ciertas personas encontrarán que es una ironía malsana y cruel el recordar estos tiempos heroicos de la Grecia moderna en una época en que ésta se halla oprimida de nuevo por Turquía, y Europa intimidada por un Hohenzollern no siente ternura sino por los fondos otomanos y no se interesa por la libertad de los pueblos (1) a pesar de la simpatía que me inspira el pueblo griego, no quiero hablar aquí de su política ni de su destino particular, sino de las grandes corrientes de la historia y del pensamiento que han agitado este siglo y que han dejado un rastro profundo en la conciencia universal. El poeta inglés Keats, ha dicho: *A thing of beauty is a joy for ever* (Una cosa bella es una alegría eterna) y yo añadiría de buena gana, transportando este pensamiento a la esfera de la voluntad: "Un acto verdaderamente heroico es un inmortal generador de fuerza en el alma de la humanidad." Considerándolo así, se puede decir que la guerra de la independencia helénica y el entusiasmo que suscita en Europa es un hecho saliente de la historia del siglo XIX. Ella anuncia la agrupación libre de los pueblos según el prin-

(1) Al recoger mis recuerdos no he podido dejar de añadir esta reflexión a mi diario de viaje. Los sucesos de la primavera y del verano último la justifican (septiembre de 1897).

Santuarios de Oriente

cipio de las nacionalidades; preparó la federación europea y significa la resurrección de la antigua Grecia en la conciencia moderna.

Por eso son hermosos estos bosques desnudos, inabordables y salvajes, cuyas cumbres parecen esculpidas por el rayo. Ante ellos resuenan en mi memoria los más hermosos cantos populares de los Klephtas revolucionados, y el más arrogante de ellos me viene de lejos cual una voz viviente:

Los grandes montes
Olimpo y Kisave discutían.
Por fin dijo el Olimpo: "Cállate,
Kisave, pisoteado por los turcos.
Yo soy el viejo Olimpo
cuya voz conoce todo el mundo.
Tengo treinta cimas en el cielo,
sesenta fuentes en mis laderas,
una bandera en cada fuente
y un combatiente en cada árbol.
En mi cumbre más alta un águila
oprime una cabeza entre sus garras:
y la cabeza le dice al águila: ¡Oh ave, devora,
devora, sí, mi carne que sangra
y aliméntate de mi juventud,
que tus alas crecerán una vara
y tus garras un palmo.
Yo soy un guerrero armatolio.
¿Que te diga mi nombre? Los turcos te lo dirán.
¿Mis armas? Ellos las han visto.
Sí; yo he luchado toda mi vida,
pero al fin me llegó la vez,
y he caído como un valiente."

La Grecia heroica y sagrada

La cabeza del Kelphta que habla al águila del Olimpo, así como la de Orfeo que flota sobre el río, habla a los bosques de Tracia y es digna de Homero. La voz de Tirteo fué siempre bella. ¡Qué magnífica evocación de la Grecia antigua son esas palabras serenas y altivas: "Yo soy el viejo Olimpo..."! ¡Cómo resurge por bruscos embates en estas imágenes de un atrevimiento esquiliano, y de fulgurante belleza! ¡Revive con yo no sé qué áspero sabor, con no sé qué grandeza salvaje! Y notad que aquí no resucita de un alma de letrado. Estos acentos no se encuentran en un gabinete de estudio. Para arrancarlos de un corazón humano han sido precisas las gargantas del Epiro, el fuego del vivac entre dos batallas y la muerte de un héroe desconocido. Así honraban los armatolios a sus compañeros muertos ante el enemigo para darse alegría y valor, sin pensar en que los sabios curiosos habrían de recoger algún día sus cantos.

Tal es la resurrección espontánea del alma griega en la guerra de la independencia y en los cantos de los Klephtas (1). Lo notable es que halló eco en toda Europa. Goethe, Byron, Shelley, Lamartine, Víctor Hugo y muchos más la han saludado con inmenso entusiasmo en sus cantos polifónicos. Grecia no es para ellos únicamente un objeto de lujo, como lo fué para los poetas del siglo XIV, sino que

(1) Esta resurrección de lo antiguo en lo moderno ha sido revelada de una manera notable en el encantador libro de Mme. Juliette Adam, *Poètes grecs contemporains*. (Calmann-Levy, 1881.)

la aman tanto por sus héroes como por sus mármoles y cantos; la aman como a una cosa eterna y siempre presente, como a madre y modelo de toda civilización y belleza, eurythmia humana, imagen de la hermosura divina. He aquí por qué "el viejo Olimpo" entrevisto por los Klephtas en sus guerras montañosas, no deja de presentarse ante nosotros. No nos quepa la menor duda de que un grito del genio apoyado por un acto heroico es una conquista para la eternidad.

He hecho escala en la bella Corfú que, según se dice, fué la isla de los Feacios. Veamos cómo en tiempo de Homero respondía la virgen Nausicaa al naufrago Ulises cuando éste le preguntó el nombre de la tierra en que acababa de naufragar: "Nosotros habitamos en los extremos del mar ondulante y no tenemos comercio alguno con los otros hombres. El arco y el carcax no ocupan al feacio; pero sí los mástiles y los remos. El que azota la tierra nos ha dado naves veloces como el ala de los pájaros y como el pensamiento." Aunque la bella Cócira haya visto desfilar tantos gobiernos romanos, bizantinos, venecianos e ingleses desde el reinado fabuloso de Alcinoos, ha conservado el aspecto de un lugar de delicia y de olvido situado en un rincón apartado de los mares. Sus dueños han pasado sobre su suelo sin desflorarla. Tuvo la gloria de resistir a los turcos en los sitios memorables de 1537 y 1716. La reina de las islas jónicas, que parece un cuerno de la abundancia, se curva en forma de media luna frente

al áspero Epiro, y dibuja con éste un brazo de mar en sus verdes ensenadas rodeadas de bosques a los navios, para que encuentren refugio contra los furores del Adriático que asalta la otra orilla de la isla. La ciudad de Corfú a la que domina una soberbia fortaleza que corona una roca escarpada, es agradable y alegre. Las calles con arcadas a la italiana, los campanarios cuadrados de las iglesias bizantinas en que crecen multitud de hierbas y flores, la convierten en una Venecia campestre muellemente recostada a las puertas de Levante. Las pirámides de naranjas del mercado nos hablan de la riqueza de la tierra de Cocaña, en que los sabrosos higos destilan miel y las uvas moscatel crecen en dorados racimos. Toda la isla es un vasto y alfombrado vergel de valles ondulantes que escalan las suaves pendientes de las montañas. Las imponentes cimas del Salvador y del Deca, que forman los nudos de la isla, son majestuosas sin llegar a la severidad. Las colinas se pierden dibujando graciosas curvas en el mar. Por doquiera se encuentran olivos grandes como olmos, aterciopeladas gramas enriquecidas por una flora exquisita, y festones de vides suspendidas de los árboles. A la sombra de los pámpanos se puede dormir dulcemente.

He pasado la tarde entera en el soberbio parque de la *Villa Reale*, situado en un paraje admirable a la orilla del mar y no lejos de la ciudad. Las vegetaciones de Italia, de Grecia y de los Trópicos se juntan aquí para formar un dédalo

Santuarios de Oriente

maravilloso, un bosque de ensueño. Gigantescos eucaliptus destrenzan sobre los naranjales sus cabelleras flotantes cual las de los sauces llorones; grandes palmeras elevan sus ramilletes aristocráticos sobre el césped brillante y de aquí y allá surgen grupos de altivos y taciturnos cipreses. Sendas bordeadas de rosales y mirtos serpentean en las escarpadas riberas, y se hunden en las caletas en donde las olas golpean perezosas. En las praderas sombrías se ven grandes margaritas que crecen entre breñas como sobre arbolillos, y los ojos estrellados de las vellosillas parecen crecer acordándose de inolvidables recuerdos. Los altos cipreses se reúnen en apretado círculo en lugares recónditos, formando templos fúnebres, en donde se ven grandes urnas de mármol en que germinan esas extrañas azucenas cuyos cálices multicolores reproducen todos los instrumentos de la pasión. Es una flor milagrosa de dolor que no se expande sino en los más suaves climas, al viento de las islas y bajo el aire tibio de los cedros. Eso es este lujurioso parque, solitario, espléndido y triste en su belleza.

Este jardín maravilloso, esta casa transformada en villa real era ha muchos años morada de una joven corfiota, quien habitaba en ella con su padre adoptivo: un general inglés. A los quince años era ya mujer por el desarrollo precoz de la inteligencia, el poder de las sensaciones y el misterio de una vida interior ardiente y concentrada. Rodeada como se hallaba de lujo, de fiestas brillantes

La Grecia heroica y sagrada

y de hondos afectos, nada faltaba en su vida y todo sonreía a su juventud. El jardín de ensueño, la isla mágica, le parecía la atmósfera natural de su alma deslumbrada de poesía y belleza.

Por la galería abierta sobre el mar descubría la joven el arrecife que forma el promontorio de la isla con la fortaleza; veía después el azulado círculo de las montañas del Epiro que cierran el horizonte y, entre las dos, el Mediterráneo sonriente que mece su azul de oro en fusión salpicado de gemas. Al atardecer y cuando el sol poniente convertía la atmósfera en un crisol de púrpura sembrado de dorada polvareda, contemplaba ella con admiración todas las cosas. Las barcas volvían de la pesca, deslizándose a la sombra de la orilla, y los pescadores cantaban con sus frescas voces la estrofa veneciana, con esa melodía ligera que exhala la melancolía de la felicidad demasiado intensa:

Oh pescator dell'onda
Vieni a pescare in quá,
Colla bella sua barca
La bella se ne va...
Fidelin... lin... la...

Entonces, en el aire saturado de perfumes, una emoción casi sobrehumana henchía el pecho de la doncella y, a pesar de su enervante vida, su corazón deseoso de infinito buscaba allende el horizonte, allende su felicidad.

Un día, en que se paseaba por el puerto, vió un

hombre y una mujer que comían cual sencillos obreros su pan. Su vestido no era el de la isla, y su rostro dejaba entrever un rango superior al de su miseria; pero en sus facciones se dibujaba una melancolía triste, una resignación sin esperanza. Dos niños se abrazaban a la madre con tímidas actitudes y miradas rebeldes. La joven sintió una extraña inquietud y una profunda simpatía hacia esta familia. Por uno de sus criados se enteró de que los extranjeros eran insurrectos cretenses que habían sido despojados de sus bienes y desterrados para siempre. Y así conoció lo que hasta entonces se había conseguido que ignorase: la desgracia irreparable de una parte de sus compatriotas. La imposibilidad de devolver a su hogar a estos desheredados humanos, que, como ella, habían creído en la libertad, le conmovió con un dolor que no debía olvidar jamás. Este fué para ella como una revelación súbita de la tragedia de la existencia. ¿Es que la Grecia feliz y libre no existía más que en sus sueños? Poco después partía para la India con su padre adoptivo, que iba a desempeñar allí un cargo del gobierno inglés. Al abandonar a su amada isla sintió la joven corfiota un dolor penetrante. Antes de embarcarse fué en secreto a llevar sus más hermosas joyas a los cretenses fugitivos, y se despidió de ellos con lágrimas en los ojos, cual si fueran sus hermanos de destierro. Eso era todo lo que podía hacer por los desventurados; pero al ver desaparecer en el horizonte la isla jónica, esmeralda de los mares de

Oriente, le pareció que también había perdido a su patria.

En ella misma es donde debía de volver a encontrar a esta Grecia tan amada.

Durante la larga travesía en que dobló el cabo de Buena Esperanza, en la infinita soledad del Océano y del cielo, tuvo como una revelación de su propia alma. Las calmas ardientes del Ecuador, la cruz rutilante del cielo austral, los ciclones del Océano Índico, los bosques, las llanuras y las montañas de la India, maravillas de la naturaleza ilimitada, le invadieron como las potencias de la inmensidad y le abasaron en precoces llamas. Y, al influjo de estas emociones nuevas y tumultuosas, comprendió que la verdadera patria de su alma no era la Grecia antigua ni la moderna, sino el mundo y la humanidad. Y, sin embargo, el alma de Grecia, respiraba en ella por un sentimiento de eurytmia y de belleza que le servía de medida para todas las cosas, alma que vivía en ella por el entusiasmo que le consumía, y que se manifestaba por el poder soberano que despertaba en los demás. Y estos fueron los rasgos predominantes de su variada y brillante vida, calma al exterior, pero profundamente agitada por las tempestades del alma y los problemas del espíritu.

Cuando la encontré en Florencia estaba ya en su madurez radiante y había formado a su alrededor un círculo de amigos distinguidos, entre los que varios han representado un papel importante en la ciencia, la literatura y la política de Italia.

Daba la impresión de una naturaleza poderosa en plena armonía consigo misma, que no utilizaba su belleza y su encanto fascinadores para satisfacer su vanidad cual la mayoría de las mujeres, sino para excitar en los demás el ardor de lo Bello y de lo Verdadero con que se sentía inflamada. Este sentimiento de lo Bello era innato, no aprendido, absolutamente espontáneo en ella. Un día ella me escribía: "En Roma se siente el hombre como desgajado del presente y vive en lo Eterno. Mirando ciertas estatuas, el alma divina reconoce su patria y, como una fiel sacerdotisa, penetra en su santuario. Al menos esto es lo que he sentido al visitar por primera vez el Vaticano. Creía oír una armonía familiar y volver a escuchar la voz de un amigo. El Vaticano, con sus mármoles maravillosos, no me ha sorprendido, pero me ha satisfecho y ha aplacado mi sed de lo Bello." No tiene ella ambición alguna personal, ni necesidad alguna de aparentar, sino una verdadera pasión de ser lo que quisiera ser, de darse a lo que ama, de iluminar lo que le rodea, de persuadir y de inspirar. Nunca pudo terminar un verso, mas su conversación era una melodía jovial, emocionante y solemne, y leía sus poetas favoritos con ternuras de madre. Daba a los tercetos del Dante la sonoridad del acento romano con un colorido oriental; y recitaba las estrofas de Shelley con un temblor misterioso de arpa eólica. Pero cuando recitaba ciertos versos de Byron sobre las islas de Grecia, se sentía resonar en su voz una emoción íntima.

The isles of Greece! The isles of Greece!
Where burning Sapho loved and sung
Where grew the arts of war and peace,
Where Delos rose and Phoebus sprung!
Eternal summer gilds them yet
But all, except their sun, is set (1).

Al pronunciar estas palabras su voz se alteraba a pesar suyo, y ardientes lágrimas descendían de sus grandes ojos, en cuyas órbitas negras, nadando en los globos nacarados, no brillaban habitualmente más que las llamaradas de oro del entusiasmo.

Amante de la vida íntima y profunda, no tomaba más que raramente la pluma para el público, pero cuando lo hacía, era siempre bajo la influencia de un impulso irresistible. Después de visitar Parma, reconoció en Corregio al artista de sus anhelos, "el pintor de los ojos y del alma". Y, entonces, compuso sobre él una obra de adivinación y de amor, única en que el genio de Allegri ha sido comprendido y desvelado (2).

Angelo de Gubernatis, que era uno de sus mejores amigos, ha dicho muy acertadamente en la *Antologia nuova* que ese libro "parecía escrito con

(1) ¡Oh, las islas de Grecia! ¡Oh, las islas de Grecia! — donde la ardiente Safo amó y cantó, — donde nacieron las artes de la guerra y la paz, — donde se vió surgir a Delos y brotar a Febo. — Aún las dora un eterno verano — mas todo, menos su sol, ha desaparecido.

(2) *Le Corrège, sa Vie et son Œuvre, avec une introduction sur le génie de la Renaissance*, por Marghèrita Albanè Mignaty (Fischbacher).

una pluma de fuego, arrancada de las alas de uno de los ángeles que revolotean en la cúpula de la catedral de Parma". El amor la poseía como una luz celeste, pero también como una flecha aguda y un fuego devorador, pues buscaba en la fusión completa de las almas, en todos los matices de la vida: lo absoluto del sentimiento. En fin, cuando esta mujer extraordinaria hablaba de las fuerzas ocultas de la Naturaleza y del más allá, en cuyos estudios y experiencias se había engolfado profundamente, se tornaba seria y entreabría temblando los santuarios de su pensamiento, que el mundo ignoraba por completo. Murió de una enfermedad fulminante, y la proximidad de la muerte no sirvió sino para exaltar la fe indestructible que se había creado. Sin embargo, su silencio melancólico y la tristeza infinita de su mirada dolorosa expresaban el desgarramiento de su corazón y de su sueño inacabado. ¡Porque amaba todavía en la tierra y ésta había sido para ella un molde de belleza! ¿Pero ha existido alguna gran alma que no haya sido traspasada en su última hora por la espada trágica del destino?

Yo veía en Margarita Albane la fusión completa del alma griega con el alma moderna. Ella me hizo comprender también que antes de expresar la Belleza para el mundo exterior es preciso realizarla en el alma, como en un sagrado santuario. En verdad que me hubiera sido imposible realizar esta peregrinación a la Grecia heroica y sagrada sin visitar antes la isla natal de la mujer que me

reveló su genio. En el umbral de Hélade debía yo este testimonio de gratitud a la que fué para mí la despertadora del Dios desconocido y que ha sido la musa siempre presente en mi pensamiento. Por eso he venido a evocar su recuerdo en el jardín maravilloso que viera florecer esa flor humana, hoy desaparecida para siempre. En otra parte hablaré de su vida y sus obras.

¿Qué camino seguiremos ahora en Grecia? Yo no he venido únicamente a los grandes santuarios que enseñaron sus bases inmutables al espíritu humano, para encontrar nuevas luces que esclarezcan el secreto del pasado, sino también en busca de signos conductores y de claves para la religión del porvenir, la cual no excluirá la diversidad de cultos y de conceptos religiosos, sino que, al ordenarlos jerárquicamente, será la síntesis del pasado y la religión universal.

Una síntesis así, sólo puede ser obra común de la ciencia, del arte y de la religión futura. Este rápido viaje es únicamente un presentimiento, una ojeada a vuelo de pájaro, una visión intuitiva. Los que me han seguido por Egipto habrán comprendido que Egipto había formulado en su verbo de piedra los principios esenciales de la ciencia del Espíritu o del Mundo Inteligible. La nación egipcia se embalsamó en su eternidad como una momia después de haber realizado este prodigioso deber. El pueblo griego ha querido vivir en el tiempo, más noble y heroicamente, es decir, con una existencia transfigurada por el arte que reflejase lo

Divino por la belleza de sus movimientos. Realizó el milagro de glorificar la vida en sus tres etapas: la física, la pasional y la intelectual. En los juegos olímpicos celebraban la fuerza y la belleza del cuerpo; en Atenas resplandecía la vida cívica, con sus pasiones y sus virtudes ornadas de poesía; y en Eleusis se enseñaban los misterios más profundos de la religión y de la sabiduría, que se representaban y vivificaban por medio del drama sagrado. Y de esta manera creó Grecia las tres artes necesarias para la vida: 1.º La *Gimnástica*, para embellecer el cuerpo; 2.º, la *Tragedia* para purificar el alma por medio del dolor; 3.º, los misterios, para libertarla y elevarla a la verdad suprema.

La restauración del drama sagrado de Deméter (Ceres) y Perséfone (Proserpina) será nuestro principal objeto. Para realizarlo mejor pasaremos por los dos santuarios que representaban entre los griegos los grados ascendentes de la vida, cuyo coronamiento era la iniciación.

Así pues, nuestro camino ha de ir por Olimpia, la Acrópolis y el teatro de Baco hasta Eleusis.

OLIMPIA. — LOS JUEGOS HEROICOS

Al navegar desde Corfú a Patrás el buque bordea las islas jónicas, y se desliza entre la graciosa Sainte Maure y las cimas de Cefalonia, a cuya sombra se cobija la pequeña Itaca con su única montaña en forma de pirámide, en la cual se busca en vano la débil columna de humo que señale el hogar de Ulises. Estas islas parecen lánguidas flores abiertas en la superficie del mar, pues despliegan sus valles y orillas cual si éstos fueran los grandes iris de sus cálices y de sus pétalos. Abiertas frente a la costa inhospitalaria de la Acarnania, invitaban antaño a un último descanso a la nave del marino que se aventuraba por el mar jónico. Y ocurría, que cuando un navegante retardaba su partida, no salía jamás de aquí.

La entrada del golfo de Patrás, el cual termina en el golfo de Corinto, es grandiosa. A la izquierda, la Hélade dibuja en el cielo sus altas montañas abruptas, construídas como ciudadelas, que lanzan al mar sus contrafuertes de agudos tajamares. Entre ellas, se ven valles, abiertos como extrañas fisuras. A sus pies, se extiende la triste ciénaga de Missolonghi, en que Byron, fatigado de vivir, vino a morir por Grecia combatiendo al lado de los rebeldes suliotas. A la derecha se halla

la costa baja del Peloponeso, dominada por las montañas verdes y lejanas de la Arcadia. De Patrás a Pírgos se atraviesa en ferrocarril la vieja Hélade, vasta llanura cultivada en que a veces se yergue un delgado campesino vestido con su fustán y cubierto con un turbante, allende los eriales de cistenea y los matorrales que separan la llanura del mar. La isla de Zante sonríe como una Hespérida al horizonte color heliotropo: *Zante fior di Levante*.

Las excavaciones hechas por los alemanes que terminaron en 1881 bajo la dirección del célebre historiador Curtius, han reavivado el antiguo lustre de Olimpia descubriendo en ella tesoros de arte, sacando a la luz la base de todos los santuarios que las inundaciones del Alfeo habían recubierto con cinco metros de aluvión, en el transcurso de los tiempos. De esta manera el río, a quien se representa en el frontispicio del templo de Júpiter asistiendo curiosamente al nacimiento de los juegos olímpicos, ha recubierto con un protector manto de arena los recuerdos que las invasiones de la edad media no habrían respetado. Antes de que sucediera esto los templos habían sido saqueados por los emperadores romanos y bizantinos, devastados por los godos y destruidos por el formidable terremoto de 522. Mas lo que ha salvado la reciente arqueología del naufragio de los siglos permite a la imaginación evocar, ayudada por la descripción de Pausanias, el conjunto deslumbrador y los detalles precisos de la fastuosa

Olimpia, en donde celebraba sus grandes asambleas la civilización griega (1).

El paraje en que está situada Olimpia tiene algo de sosegado, de encantador, de retirado. La naturaleza áspera y salvaje del Peloponeso se suaviza en este rincón perdido y se ilumina con una grave sonrisa. El Alfeo describe un amplio semicírculo en un circo de colinas frondosas. En el centro, se eleva la montañita de Kronión, antaño consagrada a Saturno y ahora llena de malezas. Los numerosos templos que constituían el santuario de Olimpia se extendían a sus pies. Una de las dos puertas del recinto sagrado daba paso al estadio, y la otra, al hipódromo. Si se sube a la montaña de Druva se ve dibujado como en un mapa geográfico el emplazamiento de todos estos edificios, que marcan los enlosados, los basamentos de los templos, los restos de los muros y los numerosos estilobatos. El amplio cauce del Alfeo describe a placer su media luna de ribazos para proteger el recinto en que Grecia celebraba sus juegos heroicos. Las cimas nevadas de la Arcadia se yerguen a lo lejos protegiendo a Olimpia contra el rigor de los fríos vientos de levante. El fresco valle sólo se abre por un lado al soplo tibio del céfiro, y, por esta embocadura, se ve al Alfeo perderse en el mar serpenteando.

(1) Curtius, Adler, Treu et Dorpfeld, *Ausgrabun den zu Olimpia*, 5 volúmenes, Berlín, 1876-1881. Laloux et Monceaux, *La Restauration d'Olimpie*, París, 1889. Véase también el interesante artículo de Diehl sobre las excavaciones de Olimpia en las *Excursiones arqueológicas por Grecia*.

Los poetas griegos decían que el río, descendido como un torrente salvaje de las alturas de Arcadia se había enamorado de la ninfa Aretusa que se desliza cerca de Siracusa, en Sicilia, y que las dulces aguas del río y de la ninfa atravesaban las saladas olas para juntarse en el hermoso centro del mar Jónico. Ellos expresaban de esta manera la simpatía de las dos razas hermanas. La vegetación de Olimpia es discreta y rica, y sabrosas sus verduras. Acebuches y laureles salvajes tapizan las laderas de las colinas. Los pinos oscuros y frondosos están como envueltos en una vibración de luz y saturados de color. Es tanta la transparencia de la atmósfera, que se distinguen las más pequeñas anfractuosidades del terreno y hasta las agujas de los pinos que parecen de plata a la luz solar. Estos parajes están llenos de paz, de serenidad y de majestad íntimas. El aire es tan ligero que os encanta, y se camina en un cristal impalpable.

Si nos queremos formar una idea aproximada de lo que fué Olimpia en su época de esplendor, es preciso ante todo hacer que crezcan en torno al santuario las espesas sombras de su bosque sagrado que le valieron el nombre de *Altis*. Si estamos en víspera de los juegos, los cuales se celebraban cada cuatro años, es preciso poblar el Alfeo de numerosas barcas, y sembrar las praderas circundantes de tiendas coloreadas y de multitud de peregrinos. Las rutas y, principalmente, la vía Olímpica que viene de Elis están cubiertas de teorías

brillantes que llevan con gran pompa sobre los carros de fiesta las ofrendas al dios: estatuas, urnas, ramos de flores, cofrecitos repletos de tesoros.

Coloquémonos ahora en la ladera oriental del Altis, bajo el vasto pórtico llamado Poecile o galería de Eco. Desde él abarcamos todo el santuario de una sola mirada. Ante nosotros y a cierta distancia, el templo dórico de Júpiter Olímpico ostenta su fachada oriental de seis columnas, con su frontón, cuyo altorrelieve representa el combate entre Pelops y Eunomaos. Tras las columnas del peristilo aparecen los multicolores muros del templo, cubiertos de frescos, que nos recuerdan lejanamente los de Pompeya. El frontón tiene tripodes de oro en sus dos acróteras, y en su pináculo una Victoria de mármol blanco, vestidura flotante en pleno vuelo, de un movimiento soberbio. A la derecha del santuario de Zeus está el olivo sagrado, el árbol inmemorial eternamente verde, de ramas angulosas, de hojas raras y abundantes, del que se cortan las coronas para los vencedores. La tumba de Pelops se oculta a la derecha tras una cortina de sauces plateados. En el centro del agora se levanta el enorme altar de forma elíptica y de dos pisos consagrado a Júpiter. En los límites del recinto adosado a la montaña de Saturno se ven los trece templos que guardan los tesoros de las ciudades. Más lejos se halla el santuario de Hera (Juno) y el Metroon o templo de la Madre de los dioses. En el fondo se apercibe el Pritáneo,

Santuarios de Oriente

vasto edificio cuadrangular con vanos de columnas en el primer piso, el cual servía de sala de festines y de alojamiento gratuito a los enviados de las ciudades.

No era únicamente la variedad arquitectónica de los cuarenta templos lo que daba un esplendor extraordinario a este conjunto, sino también las tres mil estatuas de mármol, bronce y oro de todas dimensiones que adornaban el agora, los alrededores y el interior de los templos. Destacaban sobre todo las innumerables estatuas de los atletas vencedores y los magníficos carros de bronce con sus enganchados corceles. Había un Júpiter colosal de nueve pies de altura que sostenía en su mano izquierda el águila de la Victoria y ostentaba en la derecha el rayo que castiga los juramentos violados. No lejos de él se veía a su hijo Hércules, el héroe-tipo, con su maza y la piel del león de Nemea. ¡Qué apoteosis de la fuerza y la vida en estas tres mil estatuas! Estos caballos encabritados, esas victorias aladas con sus alas abiertas y coronadas, esos luchadores abrazados, esos discóbolos replegados sobre sí mismos, esos corredores inclinados hacia adelante, ese Júpiter y ese Hércules decían con una sola voz al efebo que aquí entraba: "¡Sé fuerte, sé bello, sé vencedor!"

Estas fiestas tenían un carácter verdaderamente religioso por el esplendor de la arquitectura y de la escultura, que se acentuaba aún más con las ceremonias que se celebraban en la víspera del gran concurso. Abluciones, procesiones, peanes canta-

La Grecia heroica y sagrada

dos a coro; después el juramento solemne prestado en el Atrio por todos los atletas y los *hellanóides* o jueces de campo ante el altar de Zeus. En fin, las ofrendas llevadas a su estatua de marfil y oro, sentada en el fondo del gran templo, en cuyo techo casi toca su testa, llenándolo enteramente con su presencia soberana. La emoción que despertaba esta obra maestra de Fidias sobrepujaba con mucho el alcance de los juegos olímpicos y hacía presentir la suprema religión, pues, según el dicho de los griegos, el artista había sabido fundir en el rostro del dios la fuerza con la bondad, la majestad con la dulzura. Y Dión Crisóstomo afirmaba en su *Discurso olímpico* que "aun cuando la inquietud y la pena turbaran el alma de un hombre hasta el punto de hacerle perder la dulzura del sueño, estoy seguro de que viendo la estatua de Fidias olvidaría todas las tristezas e inquietudes anejas a la vida; tan grande es, oh Fidias, la belleza de tu obra y tanta emoción y esplendor has puesto en ella". El efebo recibía allí la bienhechora lección de que la sabiduría y la bondad son los atributos supremos de la más elevada divinidad.

A la mañana siguiente se llenaba el estadio, en el cual cabían cuarenta mil personas. A los primeros rayos del sol, cuya luz descendía de las montañas de la Arcadia, resonaban fanfarrias ruidosas. El cortejo oficial salía del pasaje abovedado que unía el Altis con el estadio. Los hellanóidas, cubiertos con luengos y purpúreos vestidos iban a sentarse en la elevada tribuna. Los juegos empezaban

con la carrera a pie, en la que los efesos volaban sobre la arena con impetuosidad de corzos o ligereza de aves. Luego se disputaban la victoria en la lucha cuerpo a cuerpo, en el pugilato y en el pancracio. Era el combate del hombre contra el hombre en toda su violencia, pero en el que era preciso conservar la agilidad. El que mataba a su adversario perdía el premio. Las carreras de carros que cantara tan bien Píndaro, se reservaban para el día siguiente. Los más nobles ciudadanos de Atenas y Esparta, los reyes de Sicilia y Macedonia se disputaban la palma en ellas. Fértiles en episodios dramáticos y en derrotas equestres, ofrecían un resumen palpitante de la vida humana, con sus azares, alternativas, triunfos súbitos y caídas profundas. En el pentáculo, contienda con que terminaban los juegos, era preciso vencer sucesivamente en la carrera, en el lanzamiento del disco y de la jabalina, en el salto y en la lucha. Los que vencían en estos juegos pasaban por ser los hombres más bellos "pues sus cuerpos, dice Ariosto, son igualmente capaces de la fuerza y de la velocidad".

La última jornada se consagraba a la coronación de los vencedores y constituía el punto culminante de las fiestas olímpicas. La inmensa importancia de acto que reunía allí al pueblo estallaba en un júbilo delirante. El desfile de los atletas, de los carros y de los caballos vencedores tenían lugar en un bosque sagrado, al son de las flautas y de los coros. En este momento, los vencedores, coronados con el olivo salvaje ante el templo de Júpiter,

rodeados de sus familias y amigos, aclamados y casi divinizados por la multitud, nadaban en una atmósfera de apoteosis. "No hay victoria más bella que la de Olimpia", dice Píndaro. Y, verdaderamente, era un timbre de gloria para el resto de la vida, del cual no sólo se enorgullecían los padres, sino también la ciudad del triunfador. ¡Y, cuál no debía de ser en cambio el despecho, la vergüenza dolorosa, la negra tristeza de los vencidos! ¡Huían y se ocultaban en la sombra para no asistir al triunfo de los rivales amados por los dioses, ellos, que eran los malditos, los desheredados de la gloria!

Nosotros, los hombres modernos que hemos desarrollado el gusto del ensueño y del sentimiento íntimo hasta lograr el olvido del mundo exterior, encontramos exageradamente singular este culto a la fuerza y a la belleza física. Bien cierto es que la humanidad se ha hecho demasiado seria, vieja y fea para idolatrar el cuerpo hasta este punto. Grecia pretendió hacer de la vida terrestre una representación viviente, una especie de manifestación de lo Divino, y, cual un atleta victorioso, ha mantenido su premio. Ella realizó en breve tiempo la belleza en todos los instantes de la vida, pero con incomparable ostentación. Su conquista consistió en hacer de la gimnástica una gracia y de la guerra una belleza. Y como lo ha hecho notar Taine, el arte de la palestra y de la danza mimica u orquestal fué para los griegos la condición y el principio de la más noble escultura.

Se ha hablado mucho del culto y la belleza corporal que profesaban los griegos y de su religión del desnudo, pero yo creo que habría que añadir aún dos capítulos a la historia del alma griega. El primero se debería llamar: *De la influencia de los juegos olímpicos en la guerra y en heroísmo*. Los defectos y vicios que resultan de este culto exaltado a la fuerza y a la belleza saltan a la vista. Demasiado lo sabemos por la historia de la decadencia griega. Nuestros decadentes de hoy día no buscan a Grecia más que en eso; pero, felizmente, está en otra parte. Y, hablando más que de la gimnástica hemos de decir que el bien que hacia este culto del cuerpo resalta en la nobleza, en el gran continente y arrogancia que imprimía a toda la vida cívica y a la misma guerra. Los espartanos que habían triunfado en los juegos olímpicos tenían derecho a combatir junto al Rey y en primera fila en las batallas, lo que nunca dejaban de hacer. Recordemos ese episodio de la segunda guerra médica. Un jinete persa enviado de reconocimiento a las Termópilas encontró a los espartanos desnudos ante su campo, luchando como en el gimnasio. Unos se coronaban de flores, otros se peinaban los largos cabellos. En vísperas de combate celebraban de esta manera las fiestas olímpicas que tenían lugar aquel mismo día. No se dignaron interrumpirlas al ver al caballero enemigo que les decía que se rindieran, y continuaron alegremente sus juegos ante el asombrado emisario de Jerjes. Grecia entera está en esta actitud, con su culto de

la belleza corporal, su alegría del vivir y su desprecio a la muerte.

El otro capítulo debería titularse: *Influencia de la amistad entre los griegos*, pues, si la palestra era a veces fuente de odios, de rivalidades y de una singular y recia ambición, también favorecía esas vivas amistades que forman parte esencial de la leyenda y de la historia helénicas. Aquiles, Patrolo, Orestes y Pílates, Epaminondas y Pelópidas, Sócrates y Platón nos muestran con diversos matices la naturaleza griega en su ternura, profundidad e idealidad. En Grecia se ven florecer en forma de amistad aquellos sentimientos delicados y apasionados que la caballería puso en el amor.

Demos ahora un vistazo al interior de esa sencilla casa de techo puntiagudo, que ocupa la cumbre de la colina situada a la otra parte del Altis, en la ribera derecha del Cladeos. Es el museo de Olimpia, en donde se han dispuesto artísticamente las esculturas halladas entre los escombros. Por pobres que sean estas reliquias, son bastante preciosas para dar idea del conjunto. La sala de entrada que ocupa casi todo el edificio es de una elocuencia sencillez.

Dos cuartos bocales que corren por los muros, sostienen las esculturas casi intactas de los dos frontones del templo de Júpiter, colocadas en el orden que indica su ensamblaje triangular. Acá y acullá faltan ora un brazo, ora una pierna, pero los fragmentos incompletos se han cubierto con triángulos de hierro. La imaginación puede fácil-

mente reconstruir las dos escenas escultóricas, que dan sensación de un arte peloponésico anterior a Fidias; pero de un sabor más vigoroso y un dibujo más incisivo.

Según dice Pausanias, el frontis occidental es del escultor Alcámenes. Las veinte figuras que lo componen, representan el combate de Teseo contra los Centauros que tratan de raptar a las mujeres hiriendo a los combatientes. Los Centauros, de tipo faunescos, son de un movimiento soberbio y de audaz fogosidad en las posturas, sus grupas ondulan, sus tornos se contorsionan, un brazo rechaza al adversario y otro sostiene su presa. Los labios se befan de los golpes, mientras bajo las cejas, se descañajan los ojuelos lúbricos. Un centauro permanece en pie sobre las patas traseras, mientras que su pecho toca la tierra y sus piernas delanteras se doblan en el suelo. Otro trata de llevarse a una joven por los cabellos. Otro oprime furioso con su talón el regazo de una mujer sentada. Deidamia, a quien el rey de los Centauros agarra por detrás oprimiéndola contra su pecho, oprime llena de furia con sus manos crispadas el brazo del hombre-caballo. Dos figuras han bastado al escultor para elevar la fuerza dominadora y soberana sobre este océano de animalidad: las de Apolo y Teseo. Con gesto imperativo, la frente serena y la boca inflexible mira el dios al hombre, y Teseo, que acaba de herir mortalmente al rey de los Centauros de un hachazo, mira con calma al dios, de cuyos ojos parece sacar fuerzas de

justiciero. Es una cabeza de efebo combatiente, de héroe virgen.

Los grupos del frontis oriental, que ocupan la otra pared del museo, están caracterizados por una gracia majestuosa y serena. Se atribuyen a Paeonios y representan la fundación de los juegos olímpicos. Ya no es un combate, sino la preparación al combate. La composición se ritma en la simetría armónica de cinco grupos separados por intervalos y unidos por el movimiento de las líneas que convergen en el centro del frontis, el cual está ocupado por las cuatro figuras de Júpiter y Pelops, Oenomaos y su hija Hipodamia que será el premio de la victoria. Allí pueden admirarse la majestad de Júpiter, la arrogancia de Oenomaos, la esbelta elegancia del joven Pelops y la gracia pasiva de Hipodamia. Estos cuatro personajes se hallan de frente en actitud tranquila. A ambos lados de este grupo central se ven de perfil dos grupos de caballos detenidos por dos hombres acuciados delante de ellos. Los alargados cuerpos de los caballos, así como sus cuellos redondeados y sus piernas delgadas dan a entender que se trata de veloces animales educados por el hombre. Son dóciles e inteligentes y no cabe duda que sus dueños comprenden sus dulces relinchos y sus bellas miradas, como Aquiles comprendía la lengua de su caballo Xantos.

El río Alfeo y el Cladeos, que se personifican perezosamente tumbados, apoyándose sobre sus codos en los dos rincones del frontis, parece que

han salido de su lecho para mirar atentamente lo que va a suceder. Este frontis representa lo opuesto que el otro: la sabia disciplina que sucede a la de la fuerza bruta. Sólo una figura lanza una nota dramática en este cuadro de olímpica calma. Es la de un anciano sentado ante los caballos de la derecha. Parece un adivino, y mira fijamente a Oeñoriados con mirada escrutadora y sombría como si previese el fin trágico de su dueño presuntuoso y la victoria del bello Pelops, favorito de Zeus.

Estos dos frontis, felizmente conservados y restaurados, son indudablemente dos obras de arte de Olimpia, que expresan claramente el espíritu de sus fiestas. ¿Queréis ahora contemplar a la flor de la juventud helénica? Contemplad el Hermes de Praxiteles. La estatua se ha conservado casi intacta en el mismo lugar en donde la colocara Pausanias en el templo de Juno y está de acuerdo con su descripción. No hay, pues, duda alguna sobre su autenticidad. Mas su mejor firma es su belleza. He aquí el arte griego en su perfección, con un encanto flúido y un temblor de vida que no pertenece más que a este maestro. Hermes que está en pie y tiene la cabeza ligeramente inclinada, lleva en su brazo izquierdo un pequeño Baco, a quien muestra un racimo de uvas que agarra con la derecha. El niño se apoya con su mano en el hombro de su preceptor y tiende la otra hacia el fruto deseado. Y el hermoso joven mira al niño apasionado con ternura y dulce malicia. Diríase que el

tórax, el cuello, los brazos y las piernas de Hermes han sido cincelados por las Gracias y ritmadas al canto de las Musas. En su frente transparente brilla la inteligencia bajo la rizada cabellera; una sonrisa entreabre sus labios, y el pensamiento brota de sus ojos claros. Va a hablar... La palestra le ha servido únicamente para hacer que su cuerpo se convirtiera en la lira de su alma, en el templo de su espíritu. Es el verdadero efebo; presto a escuchar a Sófocles y a comprender a Platón. De este mármol emana un escalofrío de divina juventud, que nos hace pensar que la forma humana es cosa sagrada.

Entre las esculturas más notables que adornan el museo de Olimpia es preciso citar las metopas del templo de Júpiter, que representan los trabajos de Hércules. Estos pequeños bajorrelieves están admirablemente cincelados con un pensamiento altivo y digno verdaderamente de la gran leyenda que han ilustrado.

Hay sobre todo dos metopas que se han grabado en mi memoria de tal manera que aún las recuerdo. Una de ellas podría titularse *los comienzos del héroe*, y la otra *la última prueba*. En la primera, se ve rodando por tierra al león de Nemea. Hércules ha plantado un pie sobre la fiera agonizante que clava sus garras en el suelo en su última convulsión. El codo del vencedor, descansa sobre la rodilla mientras que el héroe sumergido en profunda meditación apoya la frente en una mano. Tras de esta primera hazaña que lo lanza

a la acción, ve ante sí la inmensidad de su carrera, y esta visión le espanta. Tras él está una mujer cubierta con una vestidura de pliegues rectos, con la mirada fija y el brazo extendido. Es la terrible Minerva que le inspira y que no le abandonará jamás. La segunda metopa representa a Hércules sosteniendo el cielo en lugar de Atlas, el cual le trae las manzanas de las Hespérides. El cuerpo del héroe que sostiene a Urano se ha adelgazado por el esfuerzo. Su cabeza se doblega bajo el enorme peso con expresión espiritualizada. La pureza pensativa de su perfil, sus enjutas mejillas, su delgada nariz y sus dilatados ojos recuerdan a un Cristo en la cruz. El héroe ha llegado al fin de su carrera y su tarea se ha hecho más pesada. Hele ahí forzado a sostener el peso todo del mundo para que otros se aprovechen de su esfuerzo. Es la maravillosa imagen del pensador que soporta serenamente el peso del infinito, para que los inconscientes puedan coger en paz los frutos de la vida.

Esta profunda interpretación de la leyenda de Hércules, debida a un escultor desconocido, evoca ante nosotros la más heroica figura que se adoraba en el Olimpo.

La raza dórica, que representa en Grecia el elemento viril, nos ofrece su ideal más elevado en el mito de Hércules, y proyecta sus fecundantes potencias y sus virtualidades íntimas en la imagen del gran y buen luchador. Hércules es de mucha más talla que los otros héroes griegos, y su mirada alcanza a más lejos. El hijo bastardo de Júpiter

es el héroe humano por excelencia, sencillo, valiente y bueno; violento y generoso; imprevisor y temerario; pero también perseverante e infatigable. Es un hijo sublime por sus trabajos gigantescos y sus grandiosas bondades; es un gran sufriente y un gran perseguido; mas es también un gran reidor. Se ríe de su padecer, y no deja de actuar. Su risa es grave, sin amargura; pero llena de desafío y de indomable esperanza. — Hércules es el genio de la acción inmediata y libertadora, que va derecho al enemigo para estrangularlo, que no retrocede ante tarea alguna, y que no teme al cielo ni al infierno. Suceda lo que suceda sabe que es el hijo de Júpiter y que nada puede apagar la chispa que arde en su corazón. Dos serpientes, enviadas por Juno, debían de devorar al hijo de Alcmena; pero él las estrangula en su cuna. ¡Elocuente símbolo y presagio terrible! Estas dos serpientes son la Muerte y la Vida, que trataron de envolver al héroe con sus ágiles anillos y con sus nudos inextricables. Él las dominará... más, ¡a qué precio! De los despojos del león de Nemea se hace una armadura invulnerable; temple sus flechas en la sangre de la hidra de Lerna para hacer que sean mortales las heridas que produzcan y mata a los Centauros. Ningún monstruo que haga mal se le escapa: ni el jabalí de Erimante, ni los pájaros del lago Stymphalo de alas de hierro, nacidos de las aguas estancadas de la tierra y de las miasmas del abismo que devoran a los hombres y se parecen a los más repugnantes fantasmas de la imaginación

y de la perversidad humanas. No se contenta con limpiar las caballerizas de Augias, ni con llevar a Micenas el famoso Minotauro de Creta encadenado como si fuera un buey de labranza, ni con domar a los caballos antropófagos de Diodemo, sino que le precisa desafiar a los monstruos de países desconocidos y ver las maravillas ocultas en el fin de la tierra. Y lucha contra las amazonas, abate al buitre que devora las entrañas de Prometeo en las cimas del Cáucaso, y desciende a los infiernos llevando ante sí al Cancerbero abozalado. Coloniza a su paso la Galia y va a buscar la juventud eterna junto al gran Océano en la isla de las Hespérides. Pero en este inmenso trabajo no ha encontrado ni la felicidad ni el reposo. No ha mojado impunemente sus manos con la sangre de los monstruos. La enamorada y celosa Dejanira le espera a la vuelta de sus aventuras y le viste con la ropa teñida con una mezcla de la sangre de un Centauro moribundo y del veneno de la Hidra. La esposa ardiente pretende retener junto a sí para siempre al héroe errante por medio de esta magia peligrosa. Pero el vestido de Neso le ocasionará la muerte abrasándole hasta los tétanos. De suerte que las pasiones que el héroe ha vencido y pisoteado durante su carrera triunfal, vienen al fin a enlazársele traidoramente y a consumirle por medio de un filtro devorador. Y para escapar a la tortura no le queda más remedio que abrasarse en una hoguera.

La única recompensa del héroe habrá sido la

acción en sí, la alegría de liberarse ~~libertado~~ a los demás, y con esto le basta. La muerte es su corona olímpica. Y de la ardiente hoguera, Pallas y Hermes se lo llevan en un carro de fuego a la ciudadela ígnea de Zeus, bien lejos del Olimpo terrestre, al fondo del cielo inaccesible.

Este es el tipo de héroe concebido por el genio dorio con la universalidad de los arios primitivos. Sus doce trabajos dan la vuelta a la arena olímpica como las constelaciones del Zodíaco alrededor de la pequeña órbita terrestre. Y es que, en realidad, la gloria divina de Hércules se compra al precio de una gran soledad en la tierra.

Los héroes vulgares necesitan las aclamaciones de la multitud. Y, sin embargo, yo imagino que un vencedor de Olimpia — tras de las antorchas agitadas en el bosque sagrado, tras los peanes, los festines y las coronas, — se recordaba en la profundidad de la noche de estas frases de Píndaro: "La felicidad de los mortales crece tan de prisa que cae a tierra derribada por un poder enemigo. ¡Serres efímeros! ¿Qué es lo que existe? ¿Qué es lo que no existe? El hombre es el sueño de una sombra."

Quizá entonces, saciado y lleno de tedio por su triunfo, miraría con envidia, mezclada de espanto, la figura colosal del Hércules de bronce, que dominaba a las demás estatuas en el silencio del ágora y que, de pie, apoyándose en su maza, parecía completamente solo en las tinieblas del santuario.

III

LA ACRÓPOLIS, EL TEATRO DE ATENAS Y LA TRAGEDIA

Los dioses no me han sonreído en mis primeros pasos por la tierra de Pallas. Cuando me aproximaba a Atenas por el camino del Pireo, una nube gris se cernía sobre la desnuda llanura del Atica, y he visto el esqueleto de un templo amarillento tras de una cortina de lluvia. Era la Acrópolis. Una tromba furiosa que descendía del cielo negro barría la calle de Hermes en el preciso momento en que yo cruzaba el peristilo del hotel. En el mismo instante, pasaba un cortejo fúnebre. Un coche mortuario de columnas doradas, tirado por negros caballos, cruzaba al galope bajo la lluvia. Desde la escalinata del hotel vi a la muerta yaciendo en su ataúd abierto. Era una joven y hermosa mujer muy adornada. Su rostro marmóreo emergía de un montón de rosas pidiendo el reposo eterno; pero el cochero excitaba a los caballos con el látigo, y las ráfagas de viento pasaban sobre el baldaquín fúnebre, templo tembloroso y frágil, lanzando sus frías ondas sobre el rostro helado de la muerta. Los coches de luto seguíanla al galope. El maestro de ceremonias, montado en el asiento del cochero, llevaba ante el coche fúnebre la gran cubierta del ataúd. El cortejo desapareció

La Grecia heroica y sagrada

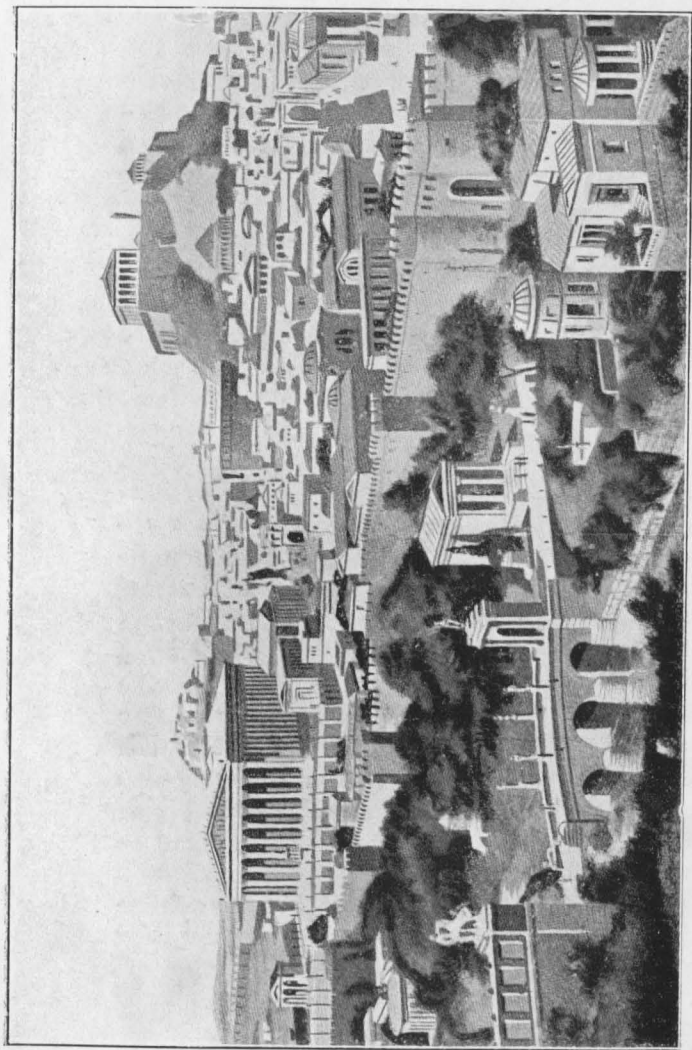
en un abrir y cerrar de ojos, al dar la vuelta a la plaza de la Constitución.

Viéndolo, no pude evitar un extraño escalofrío, un negro presentimiento. Este cortejo mortuario de fantasía moderna mezclada con un fasto oriental se me ha aparecido como una imagen dolorosa y anticipada de esta Grecia nueva, a la cual pretende llevar un luto prematuro este siglo bastardo.

Y, sin embargo, la Grecia antigua, que es la razón de ser de la Grecia moderna, todavía está viva sobre el suelo. Si el pueblo griego no fuera más que el guardián de estos recuerdos inmortales, tendría aún una alta misión y un lugar en el mundo. Hace unos setenta años que resucitó y, desde entonces, ¡cuánto camino ha recorrido! Recuerdese lo que era Atenas en 1806 cuando la visitó Chateaubriand. Al pie de la Acrópolis, en el emplazamiento de la ciudad antigua, se extendía entonces un miserable pueblo turco, sembrado de dispersos cipreses, en el que se veían los minaretes de algunas mezquitas. Una horrorosa y feísima torre cuadrada, armada con cañones turcos, afeaba el Partenón. Muy pocos eran los griegos que tenían conciencia de su gran pasado; pero, después de la batalla de Navarino librada en 1827, comenzó una nueva era. Ya no queda traza alguna del Islam en el suelo ático. Un nuevo pueblo de voluntariosos atenienses, venidos de los cuatro extremos de Grecia, se ha agrupado al pie de la ciudadela. Todo lo que resta de la antigua Acrópolis ha sido limpiado cuidadosamente; los mo-

Santuarios de Oriente

numentos principales y los cimientos de la antigua Atenas han sido desescombrados y sacados a luz. Se la atraviesa de un extremo a otro, yendo desde la Torre de los vientos al templo de Teseo, que se conserva intacto, y de allí al de Júpiter, cuyas tres columnas soberanas nos hablan de su pasada grandeza. Se puede trepar por la colina del Areópago, sentarse en la del Pnyxo, reposar en el Museion y vagar por el Cerámico, que revive con sus mausoleos y con los muros que limitan el recinto. Y estas pobres ruinas a las que por lo menos no afean las construcciones modernas, son como un jardín de recuerdos en donde bastan los nombres para hacer surgir mil fantasmas de la grama. La nueva Atenas se ha extendido en sentido contrario, es decir por el Norte y el Oriente de la Acrópolis. Es una ciudad de ochenta mil almas, calles rectas y casas blancas y elegantes. Su estilo neogriego, un poco frío, no contrasta demasiado con los alrededores, y no en vano se eleva la Torre de los vientos al final de la calle de Eolo, pues Boreas sopla allí a su gusto desde la mañana a la noche, arrastrando columnas de finísimo polvo. Atenas tiene ahora dos iglesias bizantinas, dos teatros y tres monumentos de que puede estar orgullosa y que prueban por sí solos que el helenismo moderno no es un nombre vano. Son: la Universidad de policrómica arquitectura, la Escuela Francesa, que ha devuelto a la luz del día tantas obras maestras clásicas, y el Museo Nacional, en donde renace el arte ático en los



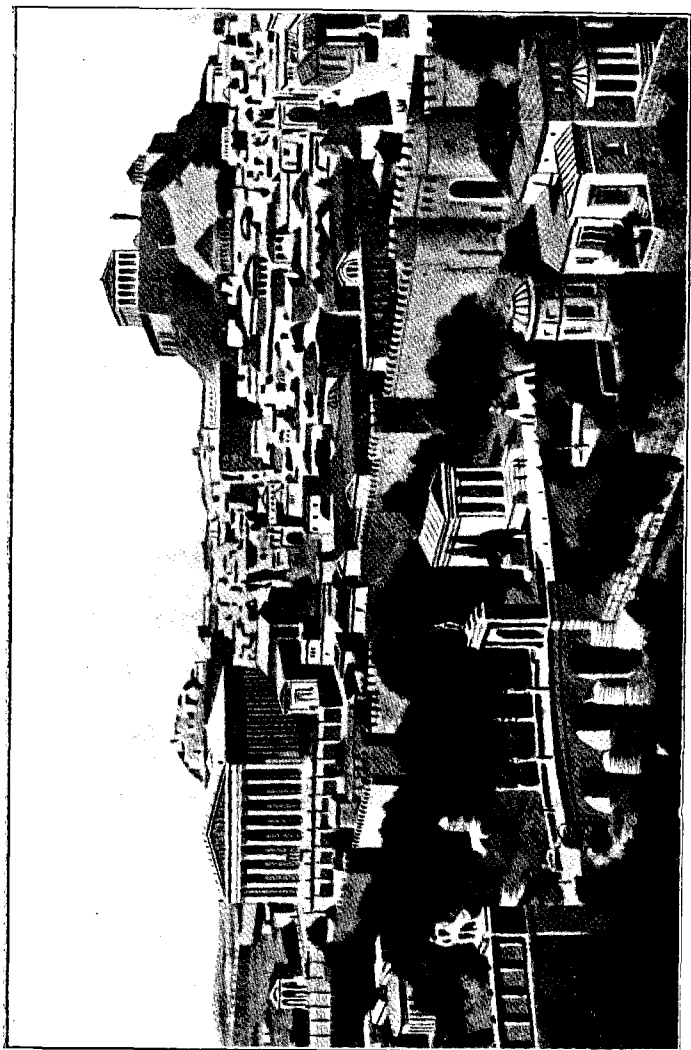
Reconstrucción de Atenas, emporio que fué del mundo por su belleza e historia

La Grecia heroica y sagrada

restos de su escultura incomparable. ¿No es acaso todo esto el último milagro de la antigua Palas? Pues, si su belleza sobria y perfecta no hubiese resucitado en el espíritu moderno, la nueva Atenas, no habría surgido de los restos de la antigua.

Antes de subir a la Acrópolis, he querido dar un vistazo a esta tierra para formarme una idea de cómo fué la naturaleza griega cuando los bosques de Atica no estaban cortados como hoy día. Así que he emprendido la ascensión del Pentélico.

El carruaje corre por una llanura desnuda y árida; pueblecitos de casuchas construídas con ladrillos rompen de vez en cuando su monotonía. Mas el paisaje se anima poco a poco; bosquecillos de árboles crecen en los campos; se engrandece el cuadro, y el encanto sutil del paisaje ático se filtra por los ojos. El encanto se compone de la belleza escultural de las montañas, de la transparencia del aire y de una vegetación elegante y dispersa. Pinos de color verde oscuro en forma de ramos de flores, cipreses de un negror intenso y rocas grises, que surgen por doquiera del suelo, dan gran vigor a los primeros planos y hacen resaltar los tintes delicados de la llanura de rojos suaves, en donde se yergue la transparencia luminosa de los álamos blancos y la palidez melancólica de los olivos. Las montañas, de planos numerosos y netos contornos siempre acentuados, forman un cuadro heroico en este paisaje de idilio, en que la mejestad se temple de armonía. El espectáculo va cambiando a medida que se camina. A unas cadenas de montañas siguen



Reconstrucción de Atenas, emporio que fué del mundo por su belleza e historia

La Grecia heroica y sagrada

restos de su escultura incomparable. ¿No es acaso todo esto el último milagro de la antigua Palas? Pues, si su belleza sobria y perfecta no hubiese resucitado en el espíritu moderno, la nueva Atenas, no habría surgido de los restos de la antigua.

Antes de subir a la Acrópolis, he querido dar un vistazo a esta tierra para formarme una idea de cómo fué la naturaleza griega cuando los bosques de Atica no estaban cortados como hoy día. Así que he emprendido la ascensión del Pentélico.

El carruaje corre por una llanura desnuda y árida; pueblecitos de casuchas construídas con ladrillos rompen de vez en cuando su monotonía. Mas el paisaje se anima poco a poco; bosquillos de árboles crecen en los campos; se engrandece el cuadro, y el encanto sutil del paisaje ático se filtra por los ojos. El encanto se compone de la belleza escultural de las montañas, de la transparencia del aire y de una vegetación elegante y dispersa. Pinos de color verde oscuro en forma de ramos de flores, cipreses de un negror intenso y rocas grises, que surgen por doquiera del suelo, dan gran vigor a los primeros planos y hacen resaltar los tintes delicados de la llanura de rojos suaves, en donde se yergue la transparencia luminosa de los álamos blancos y la palidez melancólica de los olivos. Las montañas, de planos numerosos y netos contornos siempre acentuados, forman un cuadro heroico en este paisaje de idilio, en que la mejestad se temple de armonía. El espectáculo va cambiando a medida que se camina. A unas cadenas de montañas siguen

otras, sobreponiéndose en el horizonte sin confundirse, ya que sus formas precisas parecen esculpidas por manos humanas: centauros yacentes, esfinges que velan, frontones de templos, tronos, altares, acrópolis. Diríanse los primeros ensueños de Cibeles, cuando bosquejaba al despertarse los vagos contornos de las cosas futuras. Y el suave azul, el violeta lúcido de estas montañas tiene algo de ligero, de aéreo y de cosa casi inmaterial. ¡Es tierra amasada con gracia y pensamiento!

El terreno ondula, el camino asciende, y penetramos en un laberinto de colinas en que se cubre el erial griego con un manto verde oscuro. Este erial no tiene nada de triste; invita más bien al reposo, a la serenidad. Acá crecen las rojas anémonas cuyas flores son de color rosa delicadísimo, y el espliego y el romero esmaltan la hierba espesa; acullá un hilillo de agua pura brota de una espesura de laureles salvajes rodeados de mirtos, entre los cuales crecen los zarzales. De ellos emanan perfumes amargos, oleadas exquisitas. Es la égloga de Teócrito en la que no falta sino la flauta del pastor y los abiertos brazos de una ninfa que yazga entre dos gavillas de lentiscos.

El carruaje se detiene junto al convento de Mendoli, enclavado al pie del Pentélico. Los gigantescos álamos blancos forman un bosque magnífico, umbrío y claro ante el monasterio que se apoya en la montaña. En él se halla una fuente y una choza con una mesa de madera al aire libre, en la que se sirve un vinillo blanco que tiene sabor

de brea y que, sin duda, se parece al vino que brotaba del odre de Sileno. He hecho allí un alto delicioso. Los grandes álamos blancos, balanceados por la brisa de abril, paseaban sobre mí su red de sombra y de sol. Entre sus hojas de argento y de oro se perlaba de luz el azul, mientras que un ruiñeñor entonaba su himno de amor en uno de los hermosos árboles. Nunca he oído melodía tan suave y límpida. ¿Era, acaso, el encanto del día y de la hora que yo ponía en la voz del ave cantora? ¿O es que los ruiñeñores del Atica son cantores divinos? Si su canto es un eco de la luz, esto es lo que debe ser, ya que la luz es aquí más pura y rica que en cualquier otra parte. ¡Oh, las vocales húmedas y cristalinas que salían de aquella garganta musical! ¡Oh, el ritmo agudizado, tembloroso de aquellos interludios! ¡Oh, el timbre fresco de los trinos argentinos y las notas profundas en que gemía la melancolía de una felicidad excesiva pero efímera...! Verdaderamente este ruiñeñor era un artista consciente de su arte. La belleza de su voz me anegó los ojos en lágrimas como si su canto fuera un saludo lejano de Anacreonte, de Alceo y de Safo.

Me he acercado al convento, cuyo patio está rodeado de bajas construcciones que tienen galerías en el tejado. El prior se paseaba por esta terraza. Al verle en este cuadro antiguo estuve a punto de creer que se trataba de un sacerdote de Artemisa más bien que de un monje cristiano, a pesar de su vestido negro, su sombrero de pope y su

Santuarios de Oriente

aspecto fúnebre. Me atrevo a pedirle un guía para ir al Pentélico. El prior asiente con un gesto, y me envía un hermano converso que va a conducirme hasta la cumbre. El sendero es recto y la ascensión penosa. Esta es la verdadera montaña griega, toda de mármol, recubierta ligeramente de zarzales y de bosquecillos de pinos. Algunas veces, cesa el sendero pedregoso, para ser substituído por amplios escalones de alabastro sembrado de mica. En la montaña verde se abren blancas canteras. De estas hendiduras extrajo Pericles el Partenón. Un antro profundo abierto en una roca perpendicular coronada de bosques nos hace pensar en la caverna del Centauro, de la Hidra o de la Pitonisa. La cumbre se alcanza subiendo por un cono desnudo y pelado. En otro tiempo se hallaba sobre la cima la estatua de Atenea; hoy, sólo se encuentra allí un montón de piedras; pero el panorama es espléndido, pues se abarca con la vista toda la Grecia clásica. La mirada se hunde perpendicularmente sobre la bahía de Maratón, estrecha como una garganta, y sobre la formidable muralla de Eubea. El promontorio del Atica se extiende a lo lejos, resaltando sobre el azul su blancura marmórea. Desde esta altura y distancia el enorme Licabeto no parece sino un montículo, y la Acrópolis parece un altarcito levantado en el centro de la llanura. Los macizos del Peloponeso se pierden en las brumas del horizonte, y las Cíclades reposan en el mar Egeo como fragmentos de ágata sobre una mesa de lapislázuli. Al Oeste y al Norte dos co-

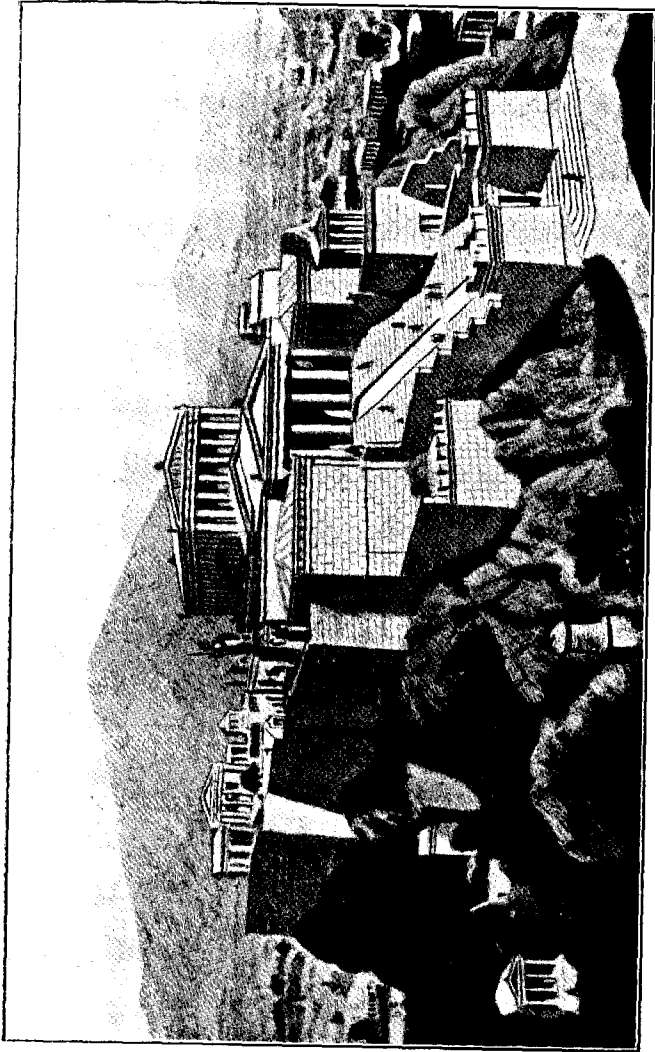
La Grecia heroica y sagrada

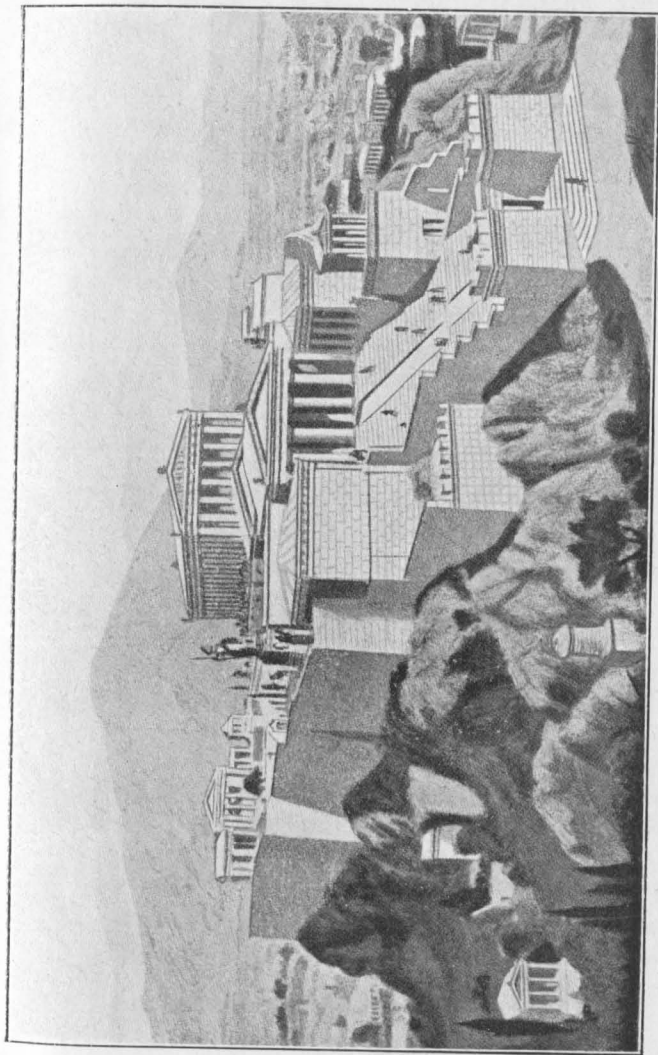
nos de blanca nieve dominan el dédalo de las montañas: son el Parnaso y el Olimpo.

Pero volvamos todos al centro del país, a esa Palas que lo resume, como Atica resume a Grecia, y Grecia, a Europa.

He subido hoy a la Acrópolis mientras amanecía. Cuando se sube por la escalera de los Propileos, que en otro tiempo fué la Vía Sacra, se destacan en lo alto del cielo las columnas del pórtico, despojadas de su frontón entre el templete de la Victoria áptera y el que tiene enfrente. Estas puertas azules cuyo cuadro está formado por blancos pilares de orden dórico, estas puertas de aire y de azul, que hoy conducen al Partenón, tienen quizá tanta o más majestad que las puertas de bronce que antaño lo ornaban. Cuando llegamos a la cumbre, caminamos entre ruinas de pedestales sin estatuas, entre restos de capiteles y tambores de columnas derribadas; pero estos bloques de mármol tienen aspecto de nobleza; tan macizos, sólidos y bien tallados son, con el tinte cávido con que el tiempo recubre el mármol del Pentélico. Las seis cariátides que sostienen el templo del Erecteión nos dicen que la diosa estaba servida por vírgenes. A la derecha, el hermoso Partenón sin techumbre, con los frontis vacíos, con sus columnas y arquitrabes, levanta en pleno cielo su blancura acariciada por el sol, como un arca de oro, en que moraba en otro tiempo un pensamiento divino, que se manifiesta siempre en la arrogancia varonil y casta del orden dórico. Dice

La sacra Acrópolis, corona de la antigua Atenas





La sacra Acrópolis, corona de la antigua Atenas

La Grecia heroica y sagrada

nos de blanca nieve dominan el dédalo de las montañas: son el Parnaso y el Olimpo.

Pero volvamos todos al centro del país, a esa Palas que lo resume, como Atica resume a Grecia, y Grecia, a Europa.

He subido hoy a la Acrópolis mientras amanecía. Cuando se sube por la escalera de los Propileos, que en otro tiempo fué la Vía Sacra, se destacan en lo alto del cielo las columnas del pórtico, despojadas de su frontón entre el templete de la Victoria áptera y el que tiene enfrente. Estas puertas azules cuyo cuadro está formado por blancos pilares de orden dórico, estas puertas de aire y de azul, que hoy conducen al Partenón, tienen quizá tanta o más majestad que las puertas de bronce que antaño lo ornaban. Cuando llegamos a la cumbre, caminamos entre ruinas de pedestales sin estatuas, entre restos de capiteles y tambores de columnas derribadas; pero estos bloques de mármol tienen aspecto de nobleza; tan macizos, sólidos y bien tallados son, con el tinte cálido con que el tiempo recubre el mármol del Pentélico. Las seis cariátides que sostienen el templo del Erecteión nos dicen que la diosa estaba servida por vírgenes. A la derecha, el hermoso Partenón sin techumbre, con los frontis vacíos, con sus columnas y arquitrabes, levanta en pleno cielo su blancura acariciada por el sol, como un arca de oro, en que moraba en otro tiempo un pensamiento divino, que se manifiesta siempre en la arrogancia varonil y casta del orden dórico. Dice

la leyenda que la lira de Amfión conmovía las piedras y levantaba templos por medio de la magia de sus sonidos. Pero la serena cadencia de los estriados fustes del Partenón evocan los acordes religiosos de las liras antiguas.

Para sentir hasta qué punto concuerda el santuario con la tierra circundante, es preciso contemplar el Atica desde lo alto de los Propileos o desde el peristilo del Partenón. Entonces se reveló la armonía de un país que parece hecho por los dioses. El mar parece un hermoso lago al besar las orillas del Pireo y de Falerio. Los planos sucesivos del paisaje no son mas que adornos de la ciudad. Cada montaña tiene su forma propia y netamente distinta de las demás, que, contempladas en masa, forman un maravilloso conjunto. La Acrorintia se yergue sobre su istmo para contemplar a su hermana la Acrópolis. La costa de la Argólida, que se pierde de vista a lo lejos en el Archipiélago, invita a viajar por mar. En fin, las líneas grandiosas del Himeto, del Pentélico y del Parnaso protegen al Atica como fortalezas naturales. Desde el camarín del templo se ven el golfo y la isla de Salamina asomados a la puerta del Pentélico, lo cual produce un efecto singular. Es la naturaleza desprovista de todo lo que tiene de extraño y hostil para el hombre, aprisionada en un cuadro de belleza. Nunca ha existido santuario alguno que expresara por su pensamiento, por sus formas y por su perspectiva, el pensamiento de su civilización.

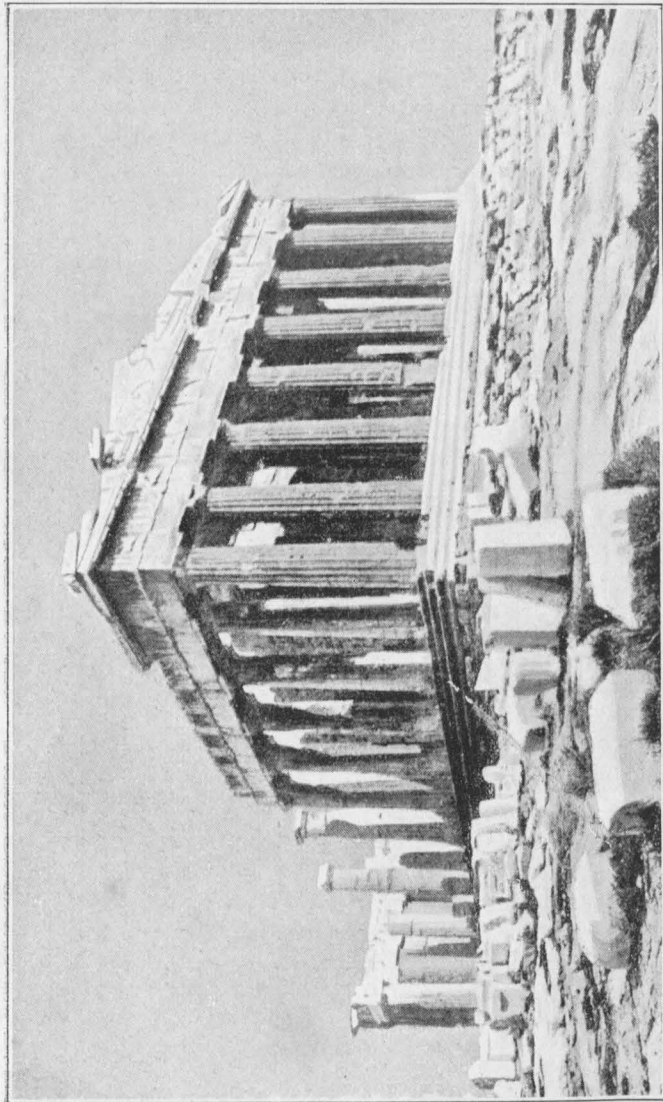
El acorde maravilloso del paisaje, la arquitectura, la estatuaria y la poesía nos revelan lo que fué Palas en la historia de Atenas. La esfinge colocada en la cimera de su casco, denota su origen egipcio. Palas, salida de la Isis celeste o sea de la Naturaleza primordial, fué concebida desde su origen por los que instituyeron su culto como uno de los atributos divinos: Sabiduría, Providencia. Es completamente distinta de las diosas asiáticas y fenicias que simbolizan a la naturaleza inferior, pues su esencia es puramente intelectual. Por esta razón, la virgen surge armada del cerebro de Júpiter como un rayo del cielo tempestuoso. Otros pueblos adoraron a la naturaleza fecunda que alumbra y devora a los seres; Atenas escogió por diosa suya al Pensamiento que domina a la Naturaleza. Esta señal de elección dada por los primeros iniciadores a la ciudad, quedó impresa para siempre en la frente de su pueblo, ya que su inspiración y su ambiente fueron hasta el fin de orden intelectual.

De ahí proviene también el triple papel de Palas: reguladora de la vida cívica, excitadora de los héroes y creadora de las artes de la civilización. Por esto va cubierta con el casco de la Sabiduría, armada con la lanza guerrera y lleva en su mano el olivo de la paz. Ella reina en las leyes de Solón; ritma los coros de Sófocles, y sonríe en los diálogos de Platón.

Coloquémonos ahora en la cima de la colina del Pnyx, desde donde se ve a la Acrópolis en conjunto, y podremos imaginarnos más fácilmente lo

Santuarios de Oriente

que era Palas para los atenienses. Estamos en el emplazamiento de la antigua ágora, cuyo hemicíclo tallado en la pendiente destaca todavía sobre la hierba. Hacia la izquierda se elevaba sobre una roca escarpada el tribunal del Areópago, protegido por los Euménidas y respetado por toda Grecia. Muy cerca, la graciosa colina de las Ninfas, coronada hoy por el observatorio, entreabría antes sus avenidas pobladas de estatuas. En estos terrenos cubiertos por la hierba que, hallándose junto al templo de Júpiter y al Cefiso, describen entre la colina de las Ninfas y la del Museo un gran semicírculo, estaba enclavada la antigua Atenas, con sus elegantes casitas sencillas, sus patios interiores precedidos de terrazas y separados por canalitos y calles. Pero, en el Pnyx, en este gran hemicíclo, pululaban las multitudes tumultuosas procedentes de todas las comarcas del Atica. Allí se celebraban las asambleas populares, allá rugían todas las pasiones de esta democracia activa y turbulenta. Allí se agitaban los sicofantes, de allí se elevaban los decretos de ostracismo como exclamaciones de odio y alaridos de envidia desterrando a los Arístides, a los Temístocles y a los Cimón; pero también de allí, de esa tribuna tallada en mármol gris, que todavía tiene la altura de un hombre y cuyos escalones aún subsisten. fluía la voz encantadora de Pericles y tronaba la viril elocuencia de Demóstenes. Mas ¿qué es lo que veía el orador en el horizonte? A la otra parte del valle ocupado por la ciudad de Atenas se erguía sobre la multitud la masa abrupta y

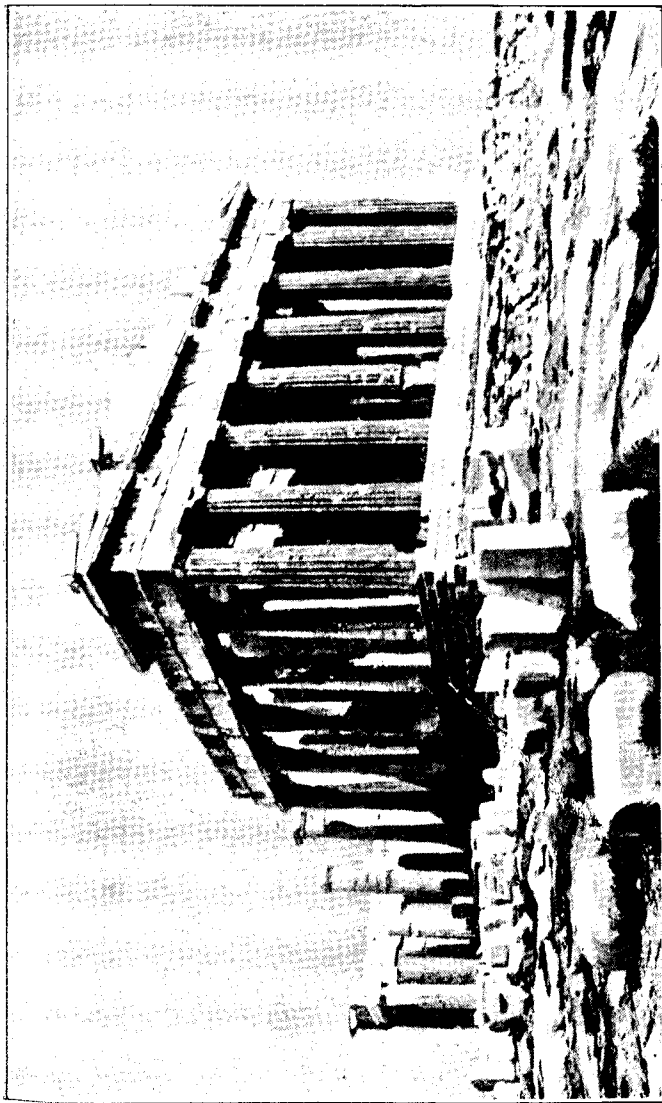


El Partenón - Atenas

La Grecia heroica y sagrada

esbelta de la Acrópolis, no tan destrozada y desnuda como hoy la vemos, sino elevándose hacia el cielo con netos contornos, con sus terrazas, templos y bronce, y deslumbrando con su colorido. La Vía Sacra, bordeada con innumerables estatuas y monumentos conmemorativos, que resumen todas las glorias de la patria, ascendía en elegante espiral hasta los Propileos. El Partenón se destacaba en el cielo con sus columnas heridas por el sol poniente, con su friso de escudos de oro y con su frontispicio, en que resaltaba el combate de Minerva y Neptuno sobre un fondo azul. Pero junto al templo de Erecto se levantaba la efigie colosal de la Virgen guerrera, de Palas combatiente, apoyada en su lanza y llevando su égida; se levantaba, sí, mucho más allá que las victorias aladas, que los guerreros de Maratón reunidos en falanges de bronce. El orador podía saludarla como a la protectora divina y al genio viviente de la ciudad.

Y, si nos trasladamos a la morada de uno de los ricos ciudadanos o de los sabios modestos, veremos una Minerva de mármol de Paros, vestida con la corta lana doric, de pliegues en canal, con su boca arqueada, su sonrisa severa, su frente pensativa y sus ojos lúcidos, la cual se solía colocar bajo la columna del atrio, a cielo abierto, allí donde brota un hilillo de agua de una fuente clara, allí donde Pericles conversaba con Aspasia y Platón hablaba con sus discípulos, entre estatuillas adornadas con ramas verdes y ocultas discretamente en nichos, entre las Gracias y los Eros púberes. Y ella



El Partenón - Atenas

La Grecia heroica y sagrada

esbelta de la Acrópolis, no tan destrozada y desnuda como hoy la vemos, sino elevándose hacia el cielo con netos contornos, con sus terrazas, templos y bronce, y deslumbrando con su colorido. La Vía Sacra, bordeada con innumerables estatuas y monumentos conmemorativos, que resumen todas las glorias de la patria, ascendía en elegante espiral hasta los Propileos. El Partenón se destacaba en el cielo con sus columnas heridas por el sol poniente, con su friso de escudos de oro y con su frontispicio, en que resaltaba el combate de Minerva y Neptuno sobre un fondo azul. Pero junto al templo de Erecto se levantaba la efigie colosal de la Virgen guerrera, de Palas combatiente, apoyada en su lanza y llevando su égida; se levantaba, sí, mucho más allá que las victorias aladas, que los guerreros de Maratón reunidos en falanges de bronce. El orador podía saludarla como a la protectora divina y al genio viviente de la ciudad.

Y, si nos trasladamos a la morada de uno de los ricos ciudadanos o de los sabios modestos, veremos una Minerva de mármol de Paros, vestida con la corta lana doria de pliegues en canal, con su boca arqueada, su sonrisa severa, su frente pensativa y sus ojos lúcidos, la cual se solía colocar bajo la columna del atrio, a cielo abierto, allí donde brota un hilillo de agua de una fuente clara, allí donde Pericles conversaba con Aspasia y Platón hablaba con sus discípulos, entre estatuillas adornadas con ramas verdes y ocultas discretamente en nichos, entre las Gracias y los Eros púberes. Y ella

dice silenciosamente al huésped que la interroga con la mirada que en este mundo discorde y malvado no se puede vencer más que por medio de la Moderación y de la Armonía y por la noble fecundidad del Bien. Esto es lo que dice la Pura, la Vigilante, la Despertadora e Intrépida Divinidad de la Conciencia; ella es aquí la Sabiduría íntima, el Alma secreta del pensador y del héroe.

Y, en fin, si queremos ir a la fiesta nacional de Atenas, veremos una cabalgata de jóvenes cubiertos con sombreros arcadios, una procesión de ancianos con palmas y una hilera de vírgenes que llevan páteras y ramos de flores. Todos siguen a un trirreme dórico que rueda cual un carro sobre sus ruedas. En su mástil flota una larga vela bordada por las jóvenes. El cortejo sube lentamente por la Vía Sacra, y, si penetramos con él en el Partenón, podremos contemplar la estatua gigantesca de la diosa, con su rostro y brazos de marfil y sus vestidos y armas de oro tornasolado. Gracias a los tonos oscuros del marfil y a sus ojos de piedras preciosas, parece como si estuviera viva. Su arrogante imagen simboliza todas las potencias invisibles que reinan entre la tierra y el cielo; ella lleva a Dios los pensamientos del hombre por medio de las plegarias, y al hombre, los pensamientos de Dios por medio de la inspiración.

Tales son la Idea pura y la fuerza de Palas. Pero ¿podían bastar ellas al griego? Se ha dicho que el heleno carecía del sentido del infinito. Se ha creído que le faltaba melancolía porque cubrió sus

sueños con el velo de la belleza. ¡Ay! ¡Es tan grande la angustia de la terrena existencia que jamás faltaron al hombre de cualquier raza o época el dolor y el tormento de lo infinito! El suspiro del brahama apoyado en las pendientes del Himalaya llega hasta el hombre moderno perdido en la inmensidad del Atlántico. El heleno era más sensible que nadie al dolor, debido a su temperamento sensitivo y apasionado. Sólo que lo expresaba con gestos breves y palabras concisas. No, él no se podía contentar sólo con Palas. Ella le enseñaba la política, el arte de regular la vida y el de gobernar la ciudad; pero no le enseñaba sobre su origen y su fin; no resolvía el problema de la muerte y del dolor, que en el fondo crepuscular de la conciencia, inquieta al hombre dichoso y tortura al desventurado.

Dionisos vino en el apogeo de la civilización helénica a turbar a Palas, porque la proyección de la vida en el drama remueve todo el dolor humano y lo lanza contra las puertas de la muerte; y la tragedia se cavó un asilo en los flancos de la Acrópolis, atrayendo multitudes humanas al templo de Baco, y soliviantándolas como un huracán de tempestad. Baco no era sino la faz popular del sombrío y radiante Dionisos de los antiguos cultos tracios. Así como Dionisos tenía sus misterios instituidos por Orfeo, Baco tenía su fiesta rústica: el ditirambo. Un coro de labriegos beodos disfrazados de sátiros recorrían los campos cantando la gloria del dios de la vendimia. El mito de Dionisos, desga-

rrado por los Titanes y resucitado por Zeus en el seno de la Celeste Deméter, era el mayor de los misterios cosmogónicos. Los campesinos de Megara y de Beocia que lo cantaban en sus bacanales, estaban muy lejos de darse cuenta de ello; pero habían oído confusamente hablar de las aventuras del Dios, de su vida, muerte y resurrección, que se celebraban magníficamente en algunos santuarios con la gravedad religiosa que conviene a las cosas sagradas. Como encontraron la fábula divertida, aunque no comprendían su profundo significado, y les encantó su doble naturaleza risueña y trágica, se les ocurrió la idea de que la narrara un corifeo entre las risas y lágrimas del coro agitado y conmovido. Tespis, apoderándose de este diti-rambo, tuvo un día la genial idea de encarnar al Dios en el corifeo y de representar este papel en lugar de hablar en tercera persona. Tespis trasladó su compañía a Atenas, en donde dió varias representaciones. La cosa tuvo un éxito enorme y el teatro nació en aquel instante.

Los Arcontes del Areópago se horrorizaron. Solón, ya anciano entonces, protestó: el hecho era peligroso y podía tener graves consecuencias. La tragedia naciente parecía, en realidad, una profanación de los misterios, y ponía en peligro al Estado al degradar las mejores tradiciones nacionales y las cosas santas de la religión. Como los arcontes de Atenas no la podían suprimir, se pusieron de acuerdo con los sacerdotes de Eleusis para ponerla diques. Se decidió que los poetas tendrían derecho a

representar las fábulas mitológicas con su significado natural y literal; pero no a revelar el significado alegórico y espiritual que se hallaba fuera de los alcances de la multitud. Además, estos espectáculos debían de revestirse de la belleza y majestad que los griegos han sabido dar a la representación de los misterios. Los ciudadanos más ricos debían de proveer de coros; un consejo de Arcontes escogería entre las piezas representadas, y el mismo poeta representaría el papel de su héroe ante Atenas atenta y encantada. Así fué como con el concurso armónico del pueblo, de la aristocracia y de la religión nació esa cosa tan maravillosa; la tragedia de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Su éxito prodigioso no provino solamente de ser un arte completo que presentaba el hombre al hombre en un espejo concéntrico de la vida, sino también de que giraba alrededor de los grandes problemas del destino. Los secretos de Eleusis estallan a veces como un volcán o rugen cual un trueno subterráneo en el Titán de Esquilo. Sófocles, como verdadero discípulo de Apolo, vela los misterios en sus armonías encantadoras. Eurípides los deja de lado para ocuparse únicamente en pintar las pasiones. La tragedia mostraba al pueblo valiéndose de centenares de personajes diversos el hombre que sucumbe al peso de sus faltas y, más todavía, al peso del Destino incomprendible; levantaba por un lado la punta del velo y dejaba entrever un chispazo luminoso. Cuando

Santuarios de Oriente

Prometeo, el sublime forzado, exclamaba en su roca: "La ciencia a precio de dolor" la profunda razón de la prueba humana se insinuaba tras de las crueldades de la vida. Cuando la valerosa Antígona, a punto de morir por su hermano difunto lanzaba este tierno suspiro: "Yo no he nacido para odiar, sino para amar", parecía que un lirio incandescente surgiese del suelo ensangrentado de la ciudad tebana. Entonces el espectador entreveía el sentido divino de la vida en un relámpago de simpatía: una purificación por el dolor, una redención por el amor. Pero estos resplandores eran raros, y pronto se cerraban las puertas del cielo y del infierno con gran estrépito, entre los gemidos de las teorías trágicas.

En resumen, la tragedia no explicaba el origen ni el fin de la vida: sondeaba únicamente su profundidad, despertando compasión por el hombre y terror a los dioses. Al terminar esas representaciones, el espectador debería experimentar ese escalofrío de horror que sentimos ante Edipo Rey cuando, maldito, ciego y desesperado, marcha abrumado por la enormidad de sus crímenes voluntarios a las soledades salvajes de Citerón. Cuando él había desaparecido, cuando los coros se marchaban lentamente al son de las flautas quejumbrosas, y la melopea solemne expiraba en el vasto anfiteatro, el alma del espectador se quedaba aterrada y solitaria, cual esa Niobe a la que llama Esquilo "Incubadora de tumbas." La madre, único ser vivo, se sentaba entre sus hijos atravesados por

La Grecia heroica y sagrada

las flechas. Después, sin pronunciar ni una palabra, extendía su manto negro sobre sus hijos e hijas y permanecía así, con los ojos cerrados, petrificada en su dolor, cual cariátide muda de todo el sufrimiento humano.

¡Egipto y Niobe! ¡Qué encarnaciones del hombre vencido por la fatalidad y del alma humana, viuda de sus esperanzas!

Pero el arte griego fué más lejos. Fué su ambición la de glorificar al hombre en todas sus etapas, la de mostrarle la libertad tras de la prueba, la victoria después de la derrota; la de representar la vida una, total, trascendente, después de la vida separada, parcial y limitada; en una palabra: unir al hombre con Dios.

La clave del trágico enigma se encuentra en los misterios eleusinos. Vayamos, pues, a Eleusis.

IV

EL DRAMA SAGRADO DE ELEUSIS

Durante la segunda guerra médica, el ateniense Dikeos y el espartano Demarato, emigrados a los persas, se paseaban por la llanura de Trías. Era el día de los Eleusinos; pero la fiesta de las grandes dioses no había podido celebrarse, pues las tropas de Jerjes acababan de saquear el templo de Deméter, después de haber incendiado la Acrópolis de Atenas. Sin embargo, los dos paseantes vieron que una nube de polvo salía de Eleusis y se dirigía hacia ellos con la rapidez de un vendaval. De ella salía un gran ruido de pasos, de cantos de fiestas y el grito mil veces repetido de ¡Iackos! De repente, la nube que seguía la dirección de la ribera, dió media vuelta hacia el mar y, atravesando el golfo azul, se dirigió hacia Salamina como una blanca procesión. Esta visión pareció a los griegos un presagio cierto de la derrota de Jerjes. Para ellos, las dos diosas habían pasado en ese torbellino, huyendo de su santuario profanado, para refugiarse como Palas en los buques atenienses.

Digase lo que se quiera de esta leyenda; pero nosotros, hombres modernos, vemos los misterios de Eleusis poco más o menos como esos dos paseantes. A pesar de tantas excavaciones y rebuscas, siempre hay un velo que nos los oculta. Lo que

La Grecia heroica y sagrada

hasta nosotros ha llegado no es más que un rumor de numerosos pasos, un murmullo de voces confusas y algunos gritos aislados: tan profundamente han guardado su secreto los iniciados. Han sido precisos el escepticismo irónico de los siglos de decadencia, la libertad alejandrina y las polémicas de los cristianos para que se les traicione dando algunos de sus fragmentos sueltos. No obstante, los testimonios dispersos en los autores griegos y los preciosos descubrimientos de la arqueología permiten reconstruir hoy el drama sagrado de Eleusis, tanto en su conjunto como en sus detalles. Esto es lo que vamos a intentar con ayuda de la gran luz que la doctrina secreta de Osiris y de Isis proyecta sobre los misterios de Dionisos y Deméter. El grano fecundo traído de las tumbas de Egipto daría en Grecia una cosecha de oro, purpúreas rosas y narcisos estrellados.

No vamos a hacer el viaje a Eleusis acompañados por un cicerone contemporáneo, sino por los mystes de Atenas. Pero antes de seguir a su cortejo lancemos una ojeada al corazón de esa doctrina secreta, cuyo fondo inmutable a través de los siglos, nos muestra aquí un rostro resplandeciente de juventud y de vida.

La mitología griega agita ante nuestros ojos el velo ondulante de Maya, en el que están tejidos todos los seres, monstruos, hombres y dioses. Ella nos deja sentir las fuerzas ocultas de la Naturaleza, bajo sus juegos múltiples, sus combates y sus metamorfosis. Pero no puede comprender la

razón primera y el objeto de la existencia. Mas no se inquieta por esto. "¡Es tan hermosa la tierra! Contemplémosla. ¡Es tan corta la vida! Gocémosla, y no pensemos en nada más", parece que dicen los rapsodas y con ellos el enjambre de los poetas líricos. Sin embargo, tras el velo multicolor de la epopeya, aparece de cuando en cuando la doctrina secreta de la Gran Madre, de su hija, la diosa de los muertos, y del Dios que sufre. Los misterios de Deméter, Perséfone y Dionisos resumían desde los antiguos tiempos para los iniciados la historia del Alma del mundo, del Alma humana y del Espíritu viviente que evoluciona en el universo. Había tres maneras de comprender el mito: en el sentido natural, en el humano y en el divino. La primera era para la multitud; la segunda, para los hombres educados; la tercera, para un pequeño número de elegidos. Cada significado era verdadero en su esfera y correspondía a un grado de comprensión. La segunda, explicaba la primera, y la tercera justificaba las otras dos, sintetizándolas. Así es como Deméter se podía concebir materialmente como la Tierra-Madre, que da nacimiento a todos los seres corporales; intelectualmente como la providencia que enseña la agricultura y la civilización a los hombres y espiritualmente, como la luz inmaterial, inteligente e inteligible, madre de las almas que inicia a los hombres en las verdades últimas. Perséfone y Dionisos tenían, igualmente, tres significados. Los misterios se habían hecho para revelarlos sucesivamente a quienes podían

comprenderlos, y para abrir el sentido de la visión intensa que ve el interior de las cosas tras de su apariencia engañosa y percibe su unidad en la multiplicidad de sus fenómenos. Pero como la mayor parte de los hombres son poco aptos para elevarse a las cosas santas, ya que en seguida se sienten inclinados a tergiversarlas y arrastrarlas por el fango, para rebajarlas a su nivel, el juramento de silencio se imponía a los antiguos iniciados bajo pena de muerte.

¿De dónde, pues, venía con sus ritos y misterios, la doctrina sagrada que tuvo como sede principal a Eleusis? Los historiadores griegos hacen remontar hasta la época de Cecrops la fundación del culto de Eleusis, lo que equivale a darle un origen egipcio. Los helenistas que pretenden que Grecia haya producido todo de sí misma, han combatido con insistencia esta antigua tradición; pero la ciencia más reciente la ha confirmado, probando que Isis fué el prototipo de Deméter (1). Por otra parte, la familia de los Eumólpidas, la cual conservó durante más de mil años la dirección de los misterios, afirmaba que procedía de Tracia, región donde, según decían los griegos, tuvieron origen su religión, sus misterios y esa cítara varonil de los do-

(1) Los atributos mismos de la diosa y el *himno homérico a Deméter* afirman este hecho en el lenguaje simbólico de los templos antiguos. Creuzer y su escuela lo habían admitido. Después de Ottfried Muller se la ha combatido fuertemente. M. Foucard ha vuelto a tomar la tesis de Creuzer en un trabajo notable, comparando los ritos de Eleusis con los de *El libro de los Muertos* de los egipcios.

rios que procedió a la lira jónica de Hesiodo y de Homero. Platón, Aristóteles, Estrabón y Plutarco, es decir, los escritores más famosos de Grecia, afirman que la poesía doria, hoy perdida, tenía carácter sagrado, simbólico y teogónico; era verdaderamente inspirada, y producía una exaltación divina que infundía verdadero entusiasmo en el alma. Como procedía de la pura naturaleza intelectual era inmutable como ella. Como no salía más que de los templos y descendía de las montañas santas, la poesía hablaba en el idioma de los dioses. Los oráculos, dogmas y leyes únicamente se proclamaban en verso. Los nombres más o menos legendarios de Linos Anfión y Tamiris, se relacionan con esta época, que se resume, por decirlo así, en el gran nombre de Orfeo, inventor y fundador de la doctrina y del culto de Dionisos. Pausanias habla de él como de un personaje histórico, superior por la sublimidad de sus cantos y el arte de librar a los hombres de sus dolencias a todos los que le habían precedido. Su nombre iniciático, Arpha, quería decir en el lenguaje sagrado de los templos: *el que cura por medio de la luz*. La leyenda que nos muestra a su persona, nos descubre su alma. ¿Quiso él arrebatarse a su esposa, Euridice de los infiernos? Así trató de arrancar al alma humana a los terrores de la muerte. ¿Que después fué destrozado por las bacantes? Este será el destino de todos los que abren nuevos arcanos para los hombres. Orfeo, tan tierno como poderoso, supo unir la fuerza varonil del genio dorio con la gracia femenina del jónico,

y, sin descender de su altura intelectual, logró infundir en las más profundas ideas el encanto vital de la pasión. La jerarquía de los dioses y el Panteón griego proceden indudablemente de él. El movimiento órfico y dionísico transfiguró todos los cultos griegos; les infundió una vida nueva, y vertió sangre ambrosiaca en las venas de las divinidades olímpicas. Seis siglos más tarde llegaba a la misma Eleusis la luz central y renovadora.

¿Ha existido acaso algún destino más trágico? Esos misterios de que contaban tantas maravillas los antiguos, sin atreverse jamás a describirlos, son un enigma para nosotros. Algunas palabras de Plutarco y de Apuleyo y la fábula-poema de Claudio, levantan una punta del velo. Los Misterios decaídos y corrompidos por la decadencia precoz de Grecia, cayeron en el olvido tras el edicto de Teodosio. Y, en cuanto al personaje de Orfeo y a su revelación, vemos que desaparecieron más completamente todavía. Los órficos no nos han dejado más que fragmentos mutilados y adulterados. La idea dionisiaca, que las tragedias de Esquilo y de Sófocles velaban noblemente, fué ridiculizada y mancillada en la comedia de Aristófanes; y los cultos populares terminaron en degradación. Baco acabó en la antigüedad pagana en el monstruoso delirio de los *sabazies* que conmovían a la policía de Roma en el siglo segundo antes de nuestra era. — ¡Ay! ¿En qué te has convertido oh puro aeda de Tracia, amante de las cimas y de las profundidades? Los poetas han lacerado al profeta y los sacerdo-

tes han hecho trizas al dios. Orfeo será siempre destrozado por las bacantes, como Dionisos por los titanes. Pero las chispas de sus antorchas vuelan por el mundo.

Volvamos a los misterios de Eleusis. ¿Qué sabía acerca de ellos la muchedumbre griega? ¿Qué pensaba de ellos ese pueblo arrullado por hermosas leyendas, ebrio de acción y vida, en el apogeo de su civilización, después de las guerras médicas? Los contemplaba desde lejos con profunda veneración, mas, también, con algo de temor. Experimentaba ante ellos lo que se ha llamado el *horror sagrado*. La doctrina oculta de los misterios le debía de parecer como la fachada de un templo subterráneo que se descubriera en alguna montaña de Frigia, separando las rocas desplomadas.

La cripta tiene a la entrada tres estatuas coloradas, enterradas hasta medio cuerpo y talladas en la roca. Entre los tres bustos gigantes, se abren dos puertas, cual bocas abiertas del gran abismo negro que guardan esas divinidades sepulcrales. A la izquierda está la majestuosa Démeter, con su corona mural y su cetro de reina. Sobre ella se lee: *Yo soy la luz celeste y el origen de las almas*. A la derecha, la grave y dulce Perséfone, la Segadora, con una gavilla de espigas en sus brazos, coronada con adormideras y con un narciso en la frente cual una gran estrella. Sobre ella se lee: *Yo soy la Muerte y el Renacimiento. Yo guardo la corona Alada*.

¿Qué había en el fondo de la cripta? ¿Qué te-

ribles apariciones o qué revelaciones consoladoras se hallaban allí? Los que descendían a las tinieblas salían indicando silencio con un dedo sobre los labios. De cuando en cuando, un poeta, un filósofo o un bufón violaban el juramento de silencio y balbucían algunas palabras de horror o de asombro acerca de lo que habían visto. Al oír esta blasfemia creían ver que un relámpago salía del abismo, que el Olimpo temblaba, que los dioses se irritaban cual si este relámpago amenazase a su existencia. El Areópago se reunía acto seguido, y el pueblo de Atenas decretaba la muerte o el destierro del bufón, del poeta o del filósofo. Y, después, todo volvía a quedar en orden y en silencio.

Puesto que nosotros vamos también a intentar recorrer la cripta y puesto que ningún Areópago nos amenaza (excepto quizá el de los sabios) no descendamos a ella sin haber antes encendido la antorcha pura de Orfeo, que es el *misterio de Dionisos y de Perséfone*. Las palabras modernas apenas sirven para expresarlo. Deberíamos escucharlo de labios del aeda, quien lo recitaría solemnemente al son cadencioso de la cítara, sentado en las escaleras del templo dorio, o si no, oír a la Pitonisa, que sale palpitante del templo sagrado en que el Dios le ha poseído y que viene a confesar su sueño adorado a los bosques temblorosos, mientras desaparean las primeras estrellas.

DIONISOS Y PERSÉFONA

(*Misterio órfico*)

En el origen sublime de las cosas, en el fondo inaccesible de los tiempos, el Espíritu viviente, o sea el Hombre perfecto, hijo de la Luz increada y del inefable Demiurgos, se movía feliz y libremente en el seno de su Padre y de su Madre, con su hermana Perséфона, el Alma inteligente y dócil.

Su felicidad era ilimitada, y su deseo no tenía valladar alguno. Podían fundirse a voluntad el uno en la otra para ser la Vida una y completa o desdoblarse para verse en su divinidad gemela y en su belleza radiante. Podían suspender el Tiempo o precipitarlo; detenerse en el espacio o precipitarse en abismos vertiginosos; hacer el Día y escuchar el concierto grandioso de los mundos en potencialidad, o formar la Noche y no ser más que el Pensamiento y el Amor. Para los dos eran el Verbo viviente, pues cuando invocaban al Padre y a la Madre, el Arquetipo se les aparecía bajo la forma de un sol etéreo que les englobaba en círculos irradiados de sí. Entonces, en un vuelo atrevido y con gesto fulgurante invocaban ellos a las formas encantadoras y terribles de toda cosa para que surgieran de sus profundidades incandescentes. Mundos, almas, animales, subían del abismo, en visiones rápidas. Al escuchar su voz, surgían de la nada; al son de su voz, volvían a ella; y en todos estos seres reconocían ambos a los fragmentos dispersos

de sí mismos. ¡Juego maravilloso que les proporcionaba todos los encantos y escalofríos inherentes a una alegría soberana y creadora!

Mas Perséфона se cansó de él después de haberlo repetido muchas veces. Y en ella nació el deseo de dar realidad, consistencia y vida independiente a todos estos seres. "Considera, le dijo Dionisós, que esto no lo puedes hacer sino dándoles una parte de ti misma y enajenando tu divinidad. Entonces estaremos separados para siempre, y tú te sumirás en un abismo de sufrimiento y horror, y perderás hasta el recuerdo de nuestro cielo." Pero una gran curiosidad, un deseo profundo y turbador oprimía al corazón de Perséфона, porque creía que, multiplicarse era engrandecerse, y que entrar en la materia, era revivir. Ella tenía sed de vagar y sufrir para conocerse y conocer la inmensidad. El Abismo le atrajo. Y, ¡cosa rara! su deseo había ya tomado cuerpo, forma en la forma de un astro opaco y negro, sin luz propia. Y Perséфона se dejó deslizar al abismo... y el alma humana encarnó en la tierra.

Dionisós sintió el dolor más intenso que pueda desgarrar el corazón de un Dios al verla desaparecer. Ella repercutió en los seis puntos de la esfera del mundo por fuegos lívidos. Torbellinos de humo y serpientes de fuego se formaron en el espacio. ¿Debía retirarse a una orgullosa soledad, pedir al Arquetipo otra Hermana y dejar que la insensata se perdiese? Un instante lo pensó; más su amor por Perséфона era demasiado grande, y salvarla era su

único deseo, por lo que decidió seguir a su Hermana al Abismo. Pero apenas había llegado a la Tierra cuando los Titanes le sorprendieron; le derribaron; despedazaron su cuerpo divino, y lanzaron sus miembros sueltos a una caldera. El corazón y la cabeza de Dionisos, o sea, el Amor y la Conciencia del Dios, esencias indivisibles e inalterables, se remontaron al seno del Arquetipo. Pero de la humareda de su cuerpo se formó la divina apariencia y la belleza del mundo material. Con su sacrificio embelleció Dionisos la morada de Perséfone, y para ella hizo el aliento divino. Y esta fué su primera manifestación, la de *Dionisos Zagreus* o del dios dividido por los elementos.

Y, Perséfone, el Alma humana convertida en mujer y encarnada en cuerpos mortales, vagaba bajo mil formas por la tierra maldita. La Luminosa se había transformado en la Sombría; la Despierta, en la Durmiente; la Dorada de Vida, en Asesina y asesinada. Los Titanes y los monstruos la espiaban para devorarla. Llevaba una vida miserable en el fondo de los bosques y de las cavernas; había perdido todo recuerdo del pasado, y era profundamente desgraciada. Vendida, esclava y torturada, soñaba en todas las máculas y en todas las violaciones gimiendo en su terrible morada. A veces, creía reconocer las voces y los resplandores lejanos de perdida y olvidada patria en el gorjeo de los pájaros, en el murmullo del Océano y en las sonrisas de los Astros. ¡No sabía que las voces y resplandores eran signos lejanos de su Padre, dis-

persos en los elementos y destrozado por ella! Los dioses, potencias del Arquetipo, no se le aparecían más que vagamente en forma de monstruos horribles que la oprimían desde el cielo y la lanzaban al fondo de su antro. Una mañana, en que después de haberse bañado en el manantial que brotaba de las profundidades de la oscura gruta, se hallaba sola, desnuda y bravia, destrenzándose los brillantes cabellos, a los que retorció como si quisiera que manasen de ellos todas las lágrimas de su desesperación y todos los dolores de su agonía, observó que el sol saliente proyectaba su sombra en el fondo de la caverna, lo que le llenó de tal espanto que exclamó: "Soy tan negra como mi sombra... ¿Por qué no podría entrar yo como ella en las tinieblas de la roca?" Después, arrodillándose al borde de la fuente, sondeó con la mirada su límpida profundidad. ¡Cuál no sería su asombro al ver allí su propio rostro, enmarcado por los negros cabellos sueltos, con sus grandes ojos ojerosos en que el Dolor y el Deseo ardían como dos antorchas! Entonces... le vino un oscuro y punzante recuerdo del cielo abandonado. Y, sin saber por qué, sin creer ni esperar nada exclamó en la inmensidad de su dolor: "¡Auxíliame, divino Hermano mío!" Este grito ascendió por los espacios, atravesó los cielos y resonó en el fondo del Arquetipo, en donde velaba con un esplendor triste y solitario la más pura esencia de Dionisos, quien se estremeció de inmensa alegría y amor desconocido. Y, al escuchar este grito, surgió del dios mismo algo así como

una fulguración de seres más bellos, que llevaban tirso, liras y palmas. Y, para que su Hermana volviera a salir del abismo de las tinieblas y de los dolores, resolvió encarnarse de nuevo, no ya en los elementos, sino en los sabios y en los aedas, en los héroes y en los semidioses, que manifestarían su poder de luchar por Perséfone. Únicamente ellos podrían atraer a la divina Extraviada a su patria perdida, pues en ellos reconocería los reflejos del rostro y el eco de la voz de su Hermano. Y así fué la segunda manifestación del Dios en forma de Dionisos-Eleutheros, de Soberano Libertador.

¡En cuán formidable fuego arden desde entonces Dionisos y Perséfone separados eternamente, aunque ya se empiezan a entrever a través de los innumerables velos tendidos entre sí! Los mundos lo dicen, los poetas lo cantan, los hombres lo lloran.

Los discípulos de Orfeo decían que así es cómo Dionisos vuelve a descender hacia su Hermana, y así es cómo Perséfone se remonta de esfera en esfera hacia él. Cuando todas las almas se hayan vuelto a encontrar en ellos, el Hermano se habrá convertido en el Esposo, y la Hermana, en la Esposa. Y, sumergidos en un amor más poderoso y profundo, serán nuevamente el Verbo viviente. De este modo se volverán a ver, y esta será su teofonía, su matrimonio sagrado, su *hieros gamos*.

Tal es la santa verdad que enseñaban los órficos ocultándola tras el velo transparente de la poesía; verdad que brilla como un sol intermitente tras la

mitología alegre en que ríe la joven Helenia. Esta verdad se trunca y se representa en ella de diversas maneras como la luz en un prisma de mil facetas. Era, como se ve, un panorama sintético del universo, un ensayo para explicar el origen y el fin de la vida por la misma historia del alma, unas veces oprimida por el yugo de la materia, otras libertada por el espíritu. Era una traducción vibrante y apasionada de la doctrina egipcia de Osiris y de Isis; traducción que, sin embargo, era demasiado elevada para que el pueblo la pudiera comprender, por lo que fué siempre privilegio de escaso número de iniciados. Los dioses locales, los cultos populares, las epopeyas y las filosofías no podían ser más que materializaciones groseras, abstracciones imperfectas o fragmentos mutilados de ella, como los miembros del Dionisos despedazado por los Titanes. Mas el objeto fundamental de los misterios consistió siempre en revelar la doctrina completa a la triple percepción de los sentidos, del alma y del espíritu; en hacer que brillase lo Invisible tras de lo Visible, y la verdad, tras del símbolo; en una palabra, reunir los fragmentos dispersos de la vida para hacer una vida total, completa. Los de Eleusis enseñaban desde sus comienzos la reascención del Alma (Perséfone) hasta su punto de origen, o sea la luz celeste (Deméter). Pues Deméter, concebida como la Tierra-Madre y como diosa de la agricultura, y Perséfone, imaginada como diosa de la Primavera, no eran más que formas externas y populares del culto. En los

primeros siglos de la civilización griega hubo, sin duda, una representación y quizá un drama sagrado rudimentario que representaba el rapto de Perséfone y su vuelta a su madre. Pero, con la introducción de Dionisos y de la doctrina órfica en Eleusis, lo cual aconteció poco antes de las guerras médicas, quizá bajo el influjo de Pitágoras y de la tragedia naciente, es con lo que empezó la preponderancia del drama sagrado, que adquirió entonces significación, magia y poder, como lo atestigua la antigüedad. Dionisos aportaba el principio masculino de la iniciación doria, es decir, el mundo visto desde arriba, por el lado del Espíritu puro, como Deméter-Isis había aportado el Principio Femenino de la iniciación jónica, es decir, el mundo visto desde abajo por el lado de la Naturaleza. De esta manera restableció él la síntesis.

El nombre de los Eumólpidas, cuya familia conservara durante más de mil años la dirección de los misterios de Eleusis, procede de Eumolpea, que significa: la melopea feliz o la melopea sanadora. Los Eumólpidas pasaban por médicos de la tristeza y magos del alma, de quienes decían los iniciados, con su idioma simbólico, que eran sacerdotes procedentes de la Luna, de la esfera en que se encuentra el puente lanzado entre el alma y el cielo, de donde descienden las almas y por donde también ascienden. Allí es donde los Daimones las unen a los cuerpos materiales; pero allí es, también, donde se libentan de ellos para ascender a esferas superiores. Los Eumólpidas están co-

locados, en cierta manera, sobre este límite de la tierra y el cielo, como mediadores e iniciadores naturales, debido a sus funciones en los misterios. Y, como indica su nombre, son al mismo tiempo hábiles cantores que cantan desde el fondo de este abismo de miserias las delicias de la celeste morada y los medios para volver a encontrar el camino que a ella conduce.

Los *Pequeños Misterios*, que tenían lugar en primavera, y los *Grandes Misterios*, que eran más solemnes e importantes y que se celebraban en Otoño, no consistían únicamente en representaciones dramáticas. Es cierto que el *drama sagrado* constituía la parte central y capital; pero había además, oraciones, ceremonias y enseñanzas. Al mismo tiempo era un culto religioso, una revelación filosófica y una especie de viaje al otro mundo, es decir una iniciación por medio de la visión, la palabra y el esfuerzo de la voluntad. Los espectadores eran allí actores. Como fragmentos humanos del drama divino, entraban en él gradualmente, y acababan por tomar parte en la representación. Los sacerdotes y las sacerdotisas de la familia de los Eumólpidas representaban los papeles principales. Nadie tenía derecho a usurpar sus elevadas funciones, y, para que las realizaran dignamente, se les imponía severas prescripciones. Se exigía al hierofante una castidad absoluta. Los Eumólpidas representaban el papel de los dioses en esta acción, es decir, de los poderes cosmogónicos. Los espectadores neófitos entraban allí con su personalidad

Santuarios de Oriente

real de ciudadanos de Atenas, que volvían a tomar al salir; pero eran llamados a conquistar en el drama sagrado otra personalidad más íntima y elevada: la que había tomado parte en la vida universal y divina, recuerdo y presentimiento de una existencia anterior y futura.

He aquí la lista de estos personajes con su significado secreto, que se develaba poco a poco a los *mystes* o iniciados participantes:

ZEUS, EL DEMIURGOS, soberano creador del Universo, representado por el hierofante, jefe de la familia de los Eumólpidas y gran sacerdote de Eleusis.

DEMETER, la Inteligencia divina y la Luz celeste, representada por la hierofántida, esposa del gran sacerdote.

DIONISOS, hijo de Zeus y de Deméter, el Verbo o el Espíritu divino que actúa en el Universo.

PERSÉFONA, hija de Zeus y de Deméter, el Alma típica o la Humanidad colectiva.

PLUTÓN, el dios del mundo inferior o de la materia densa.

LA TRIPLE HÉCATE, diosa de la luna, genio de las mutaciones y de las metamorfosis, que simboliza también los tres reinos por donde debe pasar el alma para reencarnar y para volver a su punto de origen.

EL DADUCO O PORTADOR DE LA ANTORCHA, asimilado al Sol, instrumento del Demiurgos; su operador mágico.

EL HIEROCERYX O HERALDO SAGRADO, asimi-

La Grecia heroica y sagrada

lado a Hermes, genio intermediario entre los hombres y los dioses, e intérprete de los misterios.

METANIRA, viuda de Keleos, rey de Eleusis.

PHAINO

RODOPE

KALLIRHOE

hijas de Metanira.

MONSTRUOS Y FANTASMAS, LARVAS Y LEMURES del abismo de Hécate.

COROS DE LOS BIENAVENTURADOS en la luz de Deméter.

LOS MYSTES, espectadores que participaban en los Misterios, almas individuales que buscaban la verdad.

El día 15 del mes de Boedromión, o sea de septiembre, el Arconte rey proclamaba en el *Poecilo* de Atenas, en presencia del pueblo, la apertura de los Eleusinos. Durante los nueve días de duración de la fiesta, debían de cesar toda guerra en Grecia y suspenderse los negocios en Atenas. Al mismo tiempo, el Herald sagrado, venido de Eleusis, pronunciaba su maldición contra los profanadores de los misterios. Al día siguiente, los *mystes*, que habían montado guardia en el Eleusinión de la Acrópolis y recibido las instrucciones de sus guías, se reunían en el Cerámico para marchar a Eleusis. Y, entonces, se veía marchar por la Vía Sacra multitud de jóvenes, vestidos de lino y coronados de mirto. Después de haber atravesado la llanura del Cefiso, se llegaba al valle de Dafnis, tapizado de pinos y cipreses, lugar maravilloso que aún con-

serva su encanto agreste. El bosque transparente y perfumado parece un bosque de ninfas y hamadriadas. A sus pies sonríe el Atica, sublimemente situada entre el Parnaso y el Himeto. La ciudadela de Palas se erguía entonces en medio de la llanura como una divinidad, con sus pintados templos y sus bronceos deslumbradores; las blancas casas de Atenas, escalonadas en sus laderas, parecían una bandada de cisnes congregados junto a una roca sagrada. Los *mystes* que descendían al barranco por la vertiente opuesta a la garganta de Dafnis, pasaban junto al templete de Afrodita, cuyos muros aún se mantienen en pie con sus nichos para los exvotos. Allí las numerosas ofrendas, depositadas bajo las columnas jónicas del peristilo, las coronas de rosas, los vasos de perfumes y los pequeños Eros de marfil y alas de oro, les recordaban los votos insensatos y los deseos devoradores que convierten la vida del hombre en un tejido de eternas inquietudes. Pero ya una playa más tranquila les llamaba al país eleusino, pues al final del profundo valle la bahía de Eleusis aparecía cual triángulo de zafiro limitado por la isla de Salamina, a la que la luz del sol mañanero hace brillar con reflejos de amatista.

El camino descendía por entre grises rocas a la llanura de Thrias, que abarca al golfo en forma de media luna. En el otro extremo se veía la ciudad de Eleusis asentada en una colina y coronada de templos. Entonces estaba muy poblada, pues allí tenían sus villas los ricos atenienses. Sin embargo, con-

trastaba con Atenas por su aspecto serio. Los cuatro edificios principales de que se componía el santuario, los templos de Hécate, Plutón y Deméter, con la gran sala cuadrada denominada *sala de la iniciación*, estaban contruidos completamente con mármol negro de Eleusis, lo que les daba un aspecto severo y casi fúnebre. Estos templos se unían entre sí por corredores enteramente cerrados. Estaban rodeados de macizos de cipreses, sicómoros y laureles. La Vía Sacra, en cuyos lindes había numerosos cenotafios y mausoleos, acababa en estos gigantescos sarcófagos. Cuando el sol poniente doraba sus oscuras columnatas, se hubiera dicho que ésta era la entrada del reino infernal a donde Plutón había llevado a Perséfone. Una tristeza majestuosa, una altanera serenidad circundaba el santuario de los Eumópidas.

Los *mystes* se preguntaban con secreta inquietud qué sería lo que les reservaba. Los primeros días eran de preparación y de purificación. Cerca de allí, en dos lagos salados, llamados el *mar de los mystes*, se entregaban a abluciones invocando a Deméter y a Koré, la Madre y la Virgen divinas, que reinaban en estos lugares. En la tarde de este día de llegada se realizaba una importante ceremonia de iniciación: *la preparación del lecho nupcial de Perséfone*. Los neófitos se acordaban que habían visto representar en primavera el rapto de Perséfone por Plutón, durante la celebración de los pequeños Misterios en Agrae. Ya entonces las palabras del Hierofante habían lanzado un rayo

de luz sobre el significado místico de la leyenda sagrada. Esta vez los mystes entraban por grupos en el templete adyacente a los grandes edificios de Eleusis.

En el fondo de la capilla se veía un lecho de marfil cubierto con un vellocino teñido de púrpura y con un velo transparente de jacinto en que estaban bordadas figuras de gracias y de amores. Este lecho se encontraba dentro de un verdadero tapiz de verdura, de un bosque de hiedra tupida entrelazada con rosas. A un lado del lecho se hallaba la mármorea estatua de Eros adolescente y alado que elevaba hacia el cielo su antorcha encendida. Al otro lado se veía una estatua de Anteros sin alas, cabizbajo y triste, con su antorcha apagada en tierra. Diríase que era un genio meditando junto a un sepulcro. Este genio pensativo y esa hiedra sombría daban al lecho nupcial un aspecto algo fúnebre, a pesar del brillo de las ricas telas y de la sonrisa de las rosas perfumadas.

El Hieroceryx decía: "Aquí está preparado el lecho para la inmortal Perséfone, en donde vosotros habéis nacido, pues sabed que cuando dos esposos se reúnen en el amor sagrado y la esposa ha concebido, desciende del cielo un alma, atraída por Eros. Inquieta y turbada, revolotea alrededor de la madre amorosa; Hécate le ha revestido de un cuerpo sutil antes de que descienda al reino terrestre de Deméter. Y se acuerda entonces del inmenso emperio cual de un confuso sueño. La tierra la encadena ya, y, durante nueve meses, la luna va a

envolverla en sus círculos mágicos y a unirla a su madre terrestre. En fin, por el poder de Anteros, un sueño de muerte la hace descender y la hunde en el cuerpo del recién nacido. Ella ha olvidado todo. ¡Oh mystes, estad atentos a los misterios porque sólo por medio de ellos recordaréis!"

Un coro de jóvenes muchachas venía a depositar ramos de plata llenos de higos a las plantas de Eros y en nombre de este dios decían: "¡Sed felices, jóvenes esposos!" Jóvenes vestidos de negro entraban por la puerta opuesta, y depositaban a los pies de Anteros vasos funerarios de tierra cocida. "Divina Psiquis que vas a venir al mundo de los muertos, que tus compañeros celestes te protejan." Después, esparcían por el lecho ramas de ciprés y de narciso.

Al salir de allí los mystes respondían en voz baja tapándose los labios con un dedo en señal de silencio a quienes iban a entrar después de ellos: "Me he deslizado en el lecho nupcial" (1).

(1) Esta fórmula, dada por varios autores antiguos y reproducida por todos los modernos que han escrito sobre los misterios, se explica aquí por primera vez con su significado iniciático. Significaba la encarnación de las almas. Los Padres de la Iglesia le han atribuido un carácter erótico y voluptuoso, igual que al doble matrimonio sagrado de Zeus y de Deméter, de Dionisos y de Perséfone en que consistía el cuarto acto del drama de Eleusis. Nada más inexacto: estas ceremonias y representaciones tenían, por el contrario, un carácter profundamente casto y altamente religioso. Su objeto era enseñar lo que hay de serio y santo en el acto más misterioso de la vida: la generación; y desvelar las potencias que lo presiden en lo invisible, al otro lado del gran velo de Isis, que es el lugar de la Naturaleza.

Santuarios de Oriente

Este espectáculo singular, esa silenciosa ceremonia, parecía que levantaba con precaución una punta del espeso velo que cubre al enigma inmenso de la generación. Los neófitos empezaban a comprender que la historia de Perséfone era su propia historia pasada, presente y futura, historia íntima, terrible y santa que les ocultaba la vida diaria tras de su tupida tela y su ardiente estrépito. El tercer y cuarto días se ocupaban en enseñanzas, purificaciones y sacrificios.

El quinto día volvían los mystes de dos en dos y en silencio a Eleusis con su antorcha encendida y eran recibidos a la entrada del santuario por el Eumólpida porta-antorcha que les conducía al templo de Hécate. Guirnaldas de ciprés festoneaban su fachada enlutada. En el interior, todo estaba dispuesto para un gran espectáculo: el drama sagrado comenzaba.

Cuando un arquitecto trata de restaurar un santuario se conforma escrupulosamente al plan de las ruinas y de los fragmentos encontrados; pero para repoblar con sus estatuas los templos y adornar los frontones con vivos colores, tiene que recurrir a la fuerza de su imaginación.

Vamos a hacer una tentativa del mismo orden. La marcha del drama de Eleusis sale de la idea y de los testimonios de la Grecia toda; pero los caracteres, sentimientos y pasiones de los hombres que realizan la *divina tragedia*, flotan en lo vago para nosotros, cual la ornamentación escultural y policroma de los templos.

La Grecia heroica y sagrada

He intentado, pues, revivir el drama sagrado de los griegos al estilo trágico y a la moda eleusina. Si, al osarlo, he cometido alguna falta, pido perdón a las sombras de los poetas antiguos, de los que habría querido seguir las gloriosas huellas aunque fuera de lejos.

EL DRAMA SAGRADO DE ELEUSIS (1)

ACTO PRIMERO

EL DOLOR DE DEMÉTER

(La escena representa la caverna de Hécate. Grandes rocas oscuras, iluminadas apenas por una luz débil que se filtra por el fondo.)

ESCENA I

DEMÉTER, poco después HÉCATE

DEMÉTER

(Vestida con un peplo blanco. De sus hombros pende un manto azul, sembrado de estrellas de plata. Lleva una diadema y un cetro de oro. Sus cabellos rubios están sostenidos por una banda azul. Entra precipitadamente con una antorcha en cada mano, y busca en el fondo de la caverna.)

¡Hécate! ¡Hécate! ¿Dónde estás? Hécate se esconde. ¿Es que rehusará responderme como todos los demás? ¡Hécate, ven! ¡La madre de los dioses te invoca!

HÉCATE

(Sale lentamente desde el fondo de la caverna. Va vestida con un peplo orlado de dragones de oro, y con un manto rojo. Sus oscuros cabellos caen formando anillos inextricables.)

(1) Este drama tenía un prólogo, que era *el rapto de Perséfone por Plutón*, que se había representado en los misterios menores de Agrae, en primavera. Véase el capítulo sobre *Platón y los misterios de Eleusis* en mis *Grandes Intenciones*.

La Grecia heroica y sagrada

cables sobre su cuello. El creciente amarillo de la luna le sirve de diadema. En la mano lleva un caduceo, cuyas dos serpientes entrelazadas, mirándose frente a frente, parecen de fuego. Ella es hermosa; pero sus ojos brillan con inquietante curiosidad, y la sonrisa enigmática de las estatuas antiguas vaga por sus labios.)

La reina del mundo me llama y acudo. Esta es la primera vez que la sublime Deméter se digna entrar en mi antro. Heme aquí a sus órdenes.

DEMÉTER

Hija del Crepúsculo y de la Noche, hasta ahora he huído de tu aviesa mirada, que se posa en los lugares de inquietud; mas hoy que me veo abandonada por todos los dioses, imploro tu ayuda. Yo había permitido que mi hija Perséfone jugase con las ninfas, hijas de Océanos, en una suave pradera para que cogiese flores y jacintos. Y, creyéndola feliz, bajé al empireo para gozar de la luz deslumbradora e inextinguible que no varía en ninguna estación. Mas un grito desgarrador atravesó el Ether, y resonó en mi corazón. Era la voz de Perséfone que llamaba como si la violentasen. Por tres veces su amada voz hendió el Ether sin fondo y por tres veces temblé... y, después, su quejumbrosa voz se perdió en el Abismo. Entonces, cogiendo estas dos antorchas ardientes, he descendido a la tierra, recorriéndola en todas las direcciones, llenando con mis gritos las montañas y adjurando de los dioses; pero todos han permanecido en silencio y, hasta Helios, que todo lo ve, no ha querido responderme. ¿Tan

Santuarios de Oriente

terrible será este secreto que nadie se atreve a decírmelo? Respóndeme, Hécate, diosa de los caminos tortuosos, iluminadora astuta que adivinas los designios ocultos de Zeus, respóndeme. Yo veo por tu sonrisa fatal que sabes el secreto.

HÉCATE

Lo sé y voy a decírtelo. Pero prométeme antes de que hable que no maldecirás a la mensajera de la desgracia.

DEMÉTER

Te prometo los más hermosos dones de mi luz. Lo juro por la Estigia. Seré tu amiga si me dices en dónde se halla Perséfone, pues, al saberlo, podré encontrarla y libertarla.

HÉCATE

Plutón es quien ha raptado a tu hija de acuerdo con tu esposo el señor del cielo y de la tierra. Zeus se la ha dado por esposa.

DEMÉTER

(Dejando caer sus dos antorchas que se apagan.)

¿Plutón, el rey de los infiernos? ¡El único lugar a que no puedo descender!

(Se sienta abatida sobre una roca.)

HÉCATE

Piensa que el ilustre Aidoneo no es un esposo indigno de tu hija, pues es el hermano de Júpiter

La Grecia heroica y sagrada

y posee innumerables riquezas. Cree en mi penetrante mirada. El Abismo tiene sus dichas. Más vale ser reina entre los muertos, que esclava entre los dioses.

DEMÉTER (*sin cambiar de actitud*)

¡La Inmortal ha sido arrebatada al hogar de los muertos! ¡La Virgen Pura, maculada por los brazos devoradores del insaciable Plutón! ¡Y su recuerdo del cielo desaparecido de sus ojos de narciso estrellado, esos ojos que cerraba con mis besos y que, al abrirse, reflejaban todo el firmamento! ¡Separada para siempre de mi hija! ¡Oh dolor infinito! ¡Horror ilimitado! ¿Qué son las miserias y desventuras de los hombres junto a las nuestras? ¡Nubes que pasan, sombras proyectadas por sombras efímeras como ellos! ¡Ellos olvidan; nosotros no olvidamos; ellos mueren... y nosotros somos inmortales! ¡El dolor de un hombre es el tormento de una caña; pero el de un Dios hace temblar al Universo! Nuestro poder de ser dichosos es eterno; pero también eterno es nuestro poder de sufrir. Para acabar con nuestros dolores es preciso que un mundo se deshaga y que nazca otro de sus ruinas.

HÉCATE

(Se aproxima sonriendo ambiguamente y habla con voz misteriosa.)

¡Escucha, pues aún no lo sabes todo! ¡Escucha el decreto profundo y el pensamiento más se-

creto de Zeus! Pues yo, que lo atisbo todo, lo he sorprendido: Cuando Perséfone se sumergía sollozando en el Abismo sobre el carro de caballos negros que relinchaban, y se retorció entre los brazos de su esposo, que la oprimía contra su pecho, la boca del infierno lanzó un clamor de júbilo y vomitó una nube impura; pero yo, que todo lo había espiado, me sentí llevada por mi deseo de saber hasta las cumbres del Olimpo. Estaba vacío. Los dioses lo habían abandonado. Y, entonces, guiada por las serpientes de fuego de mi caduceo, que conocen todos los caminos, me lancé hacia el Empíreo en busca de Júpiter omnipotente, pues mi pensamiento va sin cesar desde el fondo del abismo a la cumbre de los cielos y estas rápidas serpientes me conducen allí adonde quiero. Encontré al rey del Universo y de los hombres sentado en su gloria sobre una nube y meditando. Parecía estar asustado de lo que había hecho, pues la caída de Perséfone había entristecido a todos los seres y llenado de espanto a los dioses. Yo me presenté envuelta en un resplandor purpúreo, con los cabellos sueltos, y le saludé con mi caduceo, cuyas serpientes lanzaban fuego ante el señor del rayo. Pareció alegrarse de verme, y me dijo con palabras aladas: "La radiante Deméter ha desertado del Cielo. Estoy solo; los dioses están desconcertados y el mundo lleno de estupor. Pero Deméter no volverá a ver a su hija si no vuelve al Olimpo para dar a luz un nuevo dios. Allí le esperaré yo. Ve, querida Hécate, a llevarle este men-

saje." Y, en un vuelo, he vuelto a esta caverna para encontrarte, oh diosa, con tus antorchas, que arden como antorchas nupciales.

DEMÉTER (*levantándose irritada*)

¿Que haga un nuevo dios con ese Zeus cruel e implacable, que permite que Perséfone perezca? ¿No le había dado ya a Dionisos, el hijo que anhelaba? ¡Y él dejó que los Titanes lo hicieran a pedazos! ¡Le ocurrirá lo mismo al nuevo dios en que sueña ese insensato! ¡No! No ascenderé nunca al Olimpo. Me horrorizan el Abismo que devora todas las cosas y el Cielo que le da pasto. ¡Si yo, la Madre de los dioses, tuviera los rayos de Zeus en mis manos, haría pedazos este Universo para que me devolviese a mi hija, la Virgen divina! No quiero más insignias celestes... ¡No soy más que una madre desesperada!

(Se arranca las bandas azules que ciñen su cabeza y las arroja al suelo. Sus rubios cabellos caen sobre los hombros.)

HÉCATE

¿Dónde habitarás, poderosa Deméter, de ahora en adelante?

DEMÉTER

Entre los hombres desgraciados.

HÉCATE

¿En qué tierra?

Santuarios de Oriente

DEMÉTER

En la más libre.

HÉCATE

¿En qué pueblo?

DEMÉTER

En el más valiente.

HÉCATE

¿En qué hogar?

DEMÉTER

En el más afligido. ¡Allí quiero llorar mis lágrimas de inmortal y desafiar la cólera del señor del rayo, que se ha convertido en malvado cómplice de su infame hermano! ¿Conoces tú, Hécate, la tierra libre, el pueblo valeroso y el hogar desventurado que busco?

HÉCATE

En la tierra del Ática, no lejos de la altanera roca de Palas, hay una ribera apacible y hospitalaria, protegida por los montes de Megara y el blanco cinturón de Okeano. Su nombre es Eleusis. Las rudas olas no llegan allí más que como suaves murmullos de Nereidas azuladas, bajo el hábito delicado del céfiro. Allí un pueblo libre y justo labra la tierra y te reverencia bajo el nom-

La Grecia heroica y sagrada

bre de la Tierra nodriza que se eriza de espigas doradas y de cosechas sonoras bajo la ardiente mirada de Helios. Allí vive, sumida en el dolor, una familia: la del rey Keleos, que acaba de descender a los muertos. Su viuda, Metanira, y sus tres hijas lloran al difunto rey, y el joven Triptolemo, que sólo ama a sus caballos y a su arado, es demasiado débil para defenderlas. El luto, el silencio y el miedo reinan en el palacio real como en una tumba.

DEMÉTER

A esa puerta es a la que voy a llamar. A ese hogar va a buscar asilo Deméter. Pero ayúdame, ¡oh sutil Hécate!, a cambiar de aspecto y a tomar la apariencia de una anciana errante y enferma.

HÉCATE (*sonriendo*)

Quiero honrarte, oh Diosa venerable, con manos hábiles. ¿Acaso no soy yo la reina de las metamorfosis, que se place en tejer las máscaras cambiantes de los seres? ¿Acaso no soy yo quien da un vestido sutil a esas almas que pasan por la luna y descenden a la tierra, y quien las desviste cuando se remontan a Uranos? Yo sabré, también, disfrazar a la gran Diosa. Ven al fondo de mi caverna. En unos instantes, este caduceo mágico velará tu esplendor, y variará de tal modo tu faz que ni los dioses ni los hombres podrán reconocerte.

Santuarios de Oriente

DEMÉTER

¡Oh cruel humillación! ¡Oh máscara de vergüenza para una inmortal! Pero tras de ella podré llorar a Perséfone.

(Hécate y Deméter desaparecen por el fondo.)

(La escena se oscurece completamente para volver a iluminarse de nuevo. Representa el palacio de Keleos en Eleusis. Una columna dórica a la derecha y otra a la izquierda. Al fondo, un nicho como el sagrario de un templo, con el altar doméstico, en que el fuego, casi extinto, arde bajo las cenizas.)

ESCENA II

METANIRA, de luto, sentada en un trono. Sus tres hijas, cubiertas con vestidos fúnebres, están agrupadas en la escalinata del Altar. A derecha y a izquierda, PHAINO y KALLIRHOE han depositado en tierra las urnas de libación, a las que, medio tumbadas en tierra, rodean con sus cabellos sueltos. RHODOPE, sentada en medio de ellas, tiene su urna encima de sus rodillas y medita.

KALLIRHOE

¡Oh padre, rey Keleos, cuando tú reinabas en este palacio, nosotras danzábamos ante ti bajo el olivo sagrado las alegres rondas en honor de Artemisa y de las Gracias! Ahora que has descendido a los muertos, hemos hecho las santas liba-

La Grecia heroica y sagrada

ciones en tu tumba, invocando tu nombre y pidiéndote una señal, en nuestro dolor; pero tú no has respondido.

PHAINO

¡Oh padre, tiernamente amado, yo me adornaba para llevarte en el festín de la tarde la copa de oro, coronada de vid y llena de vino puro! Entonces tú me llamabas la luz de tus ojos, más dulce que la Aurora que trae las maravillas del Día. Ahora hemos depositado sobre tu tumba la alfombra de hierbas y flores con los pasteles y los frutos para la comida fúnebre; pero tú no estabas allí para sonreírnos. Padre mío, ¿sientes mis lágrimas? Yo lloro por ti.

RHODOPE

¡Oh, padre! ¿En qué te has convertido? Se ha quemado tu cuerpo con tus armas y vestiduras. Tus cenizas reposan en el fondo de la colina, dentro de la urna. Pero ¿dónde está tu sombra fatigada? ¿Mora en la tierra? ¿Vaga sobre ella? ¿O está en los bordes del Cocyto? Potencias terribles, divinidades infernales, únicamente vosotros debéis saberlo. Pero hagamos las libaciones sagradas y las plegarias de acuerdo con los ritos.

METANIRA

Lloran y a mí me devora la cólera. Ellas invocan a las sombras vanas, y yo trato en vano de conmover a los vivos.

Santuarios de Oriente

ESCENA III

LOS MISMOS y TRIPTOLEMO, *efebo de diez y ocho años. Lleva en una mano un freno de caballo, y en la otra, un acicate en forma de lanza. Su actitud es grave y modesta.*

METANIRA

¿De dónde vienes?

TRIPTOLEMO

De la tumba de mi padre.

METANIRA

¿Qué has hecho hoy?

TRIPTOLEMO

He domado un caballo y he labrado mi campo.

METANIRA

Así pues, ¿no sabes que hoy se reúne el pueblo en el Agora y que va a elegir un nuevo rey de Eleusis? Tú eres quien debería suceder a tu padre. Si no les hablas en nombre de tu padre y les muestras tu fuerza y juventud, prometiéndoles todos los bienes que desean, no te elegirán.

TRIPTOLEMO

No quiero mendigar los sufragios del pueblo. Yo he probado mi fuerza y mi justicia en los com-

La Grecia heroica y sagrada

bates, y ellos me conocen por mis palabras y mis actos. Que me elijan libremente si así lo quieren y, si no, que otro se lleve la corona.

METANIRA

Entonces elegirán a tu tío Dolikos, quien, cuando sea rey, nos despojará de todos los bienes y nos arrojará de este palacio.

TRIPTOLEMO

¡Que se apodere de la ciudad, del palacio y del trono! ¡No se atreverá a apoderarse del surco abierto por mi arado! Madre, te vuelvo a decir que no seré rey de Eleusis, a menos que un Dios me lo ordene.

METANIRA

¡Ingrato, insensato! Desventurados de nosotros.

ESCENA IV

LOS MISMOS y DEMÉTER. *Entra disfrazada de vieja, encorvada y envuelta en un manto gris; lleva un cayado en la mano. Se detiene en la puerta, y extiende la mano suplicando hacia el hogar. TRIPTOLEMO permanece inmóvil apoyado en su lanza. Las tres jóvenes se levantan.*

METANIRA (*siempre sentada en su asiento*)

¿Quién es esa desconocida?

Santuarios de Oriente

PHAINO

Una anciana maltratada por los años.

KALLIRHOE

Pero todavía de noble apostura.

RHODOPE

Una extranjera. Su vestido no es de este país.

METANIRA

Una mendicante que vaga de pueblo en pueblo.

PHAINO

¡Oh madre! acojámosla, no puede ni andar ya.

KALLIRHOE

Parece que está extenuada de hambre y de sed.

RHODOPE

Y, sin duda, su corazón desventurado le pesa aún más que sus miembros.

METANIRA

No me gustan los desconocidos que no hablan y se introducen en nuestro hogar para espiarnos. No se sabe de parte de cuál enemigo vienen, ni qué desgracia trae escondida tras de los pliegues de su manto. Extranjera, si nos traes un mensaje, dilo; si tienes que pedirnos una gracia,

La Grecia heroica y sagrada

habla; si vienes de parte de un hombre o de un dios; dínos de quién, y, si no es así, sigue tu camino.

(Deméter extiende las dos manos hacia el hogar y, después, se cubre el rostro con ellas como sollozando en silencio.)

PHAINO

Demanda asilo.

KALLIRHOE

Y llora amargamente.

RHODOPE

Es una gran desgraciada.

LAS TRES

¡Ten compasión, madre, acojámosla!

(Metanira permanece inmóvil y muda en su sitio.)

TRIPTOLEMO

¡Oh venerable afligida, quienquiera que seas, sé bienvenida bajo este techo en nombre de Zeus hospitalario, amigo de los desterrados! Descansa en el hogar.

(Las tres hermanas se apresuran a sostener a Deméter y la conducen a un asiento cerca del hogar, en donde se sienta lentamente inclinando la cabeza, en actitud de gran tristeza. Triptolemo deja su freno y su lanza, coge una copa de vino y se la ofrece a Deméter.)

Santuarios de Oriente

He aquí, noble extranjera, la copa de la hospitalidad. Bebe y sé nuestro huésped. Si quieres hablar en seguida, te escucharemos. Si prefieres callar, respetaremos tu silencio. Los dolores mudos son sagrados.

(Deméter toma la copa, y bebe un trago bajo su velo, después se la devuelve a Triptolemo; junta las manos en señal de agradecimiento y vuelve a caer en su actitud de decaimiento.)

METANIRA

Extranjera, ahora que eres nuestro huésped y estás protegida por este hogar, te invito a que nos digas quién eres, de dónde vienes, cuál es tu patria y qué destino te ha conducido a esta ribera.

DEMÉTER

(Levanta un poco la cabeza, y habla con voz majestuosa que contrasta con sus harapos.)

Vengo de Creta, la de las cien ciudades, en donde vivía en un palacio de mármol y oro, pues yo cuidaba de los hijos de un rey y tenía una hija, tierna como un pavo real, dulce como una ninfa de los bosques. Un pirata me la raptó. Desde entonces vago de playa en playa buscándola en vano. Ahora soy una anciana, fatigada y sin hogar, y he perdido mis bienes. Mi corazón no se ha consolado y las fuerzas me abandonan. Metanira, si quieres tomarme en tu casa, enseñaré a tus hijas a tramar las bellas telas que se tejen con la lanzadera de marfil, y muchas más maravillas, pues

La Grecia heroica y sagrada

sé los secretos de los palacios reales, y conozco los bálsamos que calman los dolores profundos — excepto el mío — y las hierbas mágicas de las laderas del Ida, donde Zeus descendió.

(Al pronunciar el nombre de Zeus brota del hogar una llamarada.)

PHAINO

Su voz es dulce y misteriosa.

KALLIRHOE

Diríase una lira que llora en un templo.

RHODOPE

Y habla como una reina.

METANIRA

En verdad que has hablado cual la hija de un rey, extranjera, y yo te acogeré en mi morada, aunque quizá nos arrojen pronto de ella, pues has de saber que Dolikos piensa arrebatar la corona a mi hijo. ¡Oh mujer muy anciana y muy sabia, la gracia de los hermosos discursos vive en tus labios! Voy a dejarte sola con mi hijo Triptolemo, para que le enseñes a ser prudente. Convéncele para que se presente en el Agora y pida la corona ante el pueblo en nombre de su padre.

DEMÉTER

Está bien, lo haré.

Santuarios de Oriente

METANIRA (a sus hijas)

Marchad a preparar la comida para la extranjera. Quédate junto a ella, Triptolemo. Yo voy a hablar con los ancianos de la ciudad.

(Sale con sus tres hijas.)

ESCENA V

DEMÉTER, TRIPTOLEMO

DEMÉTER

¿Qué preocupación ensombrece tu joven frente, Triptolemo?

TRIPTOLEMO

Mi padre ha muerto.

DEMÉTER

Menos doloroso es para un hijo perder a su padre, que para una madre perder a su hija. ¿De quién tienes que quejarte, de los dioses o de los hombres?

TRIPTOLEMO

De nadie; yo sufro el destino de todos. Pero la muerte es más cruel para los que se van que para los que se quedan.

DEMÉTER

¿Cómo sabes eso?

La Grecia heroica y sagrada

TRIPTOLEMO (en voz baja)

Una noche inmolé un cordero sobre la tumba de Keleos, para evocar a su alma, según el rito caro a Plutón. En la humareda negra de la sangre vi aparecer su sombra. Era pálida y horrible. Y me dijo a través de un pesado vapor: "No soy sino una sombra errante y desventurada, asaltada por las larvas del reino sombrío, pues Plutón es un dueño implacable que envuelve en tinieblas espesísimas a los que han vivido en insensatos placeres. A menos que nos proteja un genio inmortal, nosotros, los muertos, vivimos únicamente del amor de los vivos... y cuando ellos nos abandonan... nos disipamos como el humo. Vago en la noche entre terrores. Soy una sombra perseguida por otras sombras, una larva aterrorizada por otras larvas. Triptolemo, hijo mío, tú que eres quien únicamente me ama en la tierra, podrías darme el país Elíseo." "Estoy dispuesto a ello — contesté; — pero ¿cómo podré llegar hasta ti?" La sombra se hizo cada vez más débil y aún dijo: "No me olvides, hijo mío... porque sufro... sufro." Y el fantasma desapareció.

DEMÉTER (con voz sorda)

¡Terrible es el reino de Plutón en que gime Perséfone!

TRIPTOLEMO

Parece que estás conmovida. Tus manos tiemblan en tu cayado y veo deslizarse unas lágrimas

Santuarios de Oriente

a través de tu velo. ¿Qué te sucede, mujer desventurada?

DEMÉTER (*con voz sorda*)

¿Y qué has hecho por la sombra maldita de tu padre?

TRIPTOLEMO

He cubierto su tumba de flores y después he vuelto a coger mi arado. Y he labrado y sembrado, invocando a la gran Deméter.

DEMÉTER

Y, ¿por qué a Deméter?

TRIPTOLEMO

Yo no la conozco, pero se dice que es la mayor de las diosas y la Madre de los dioses. ¿No es acaso ella la que habita en el cielo y reina sobre la tierra? ¿No es acaso ella quien hace crecer el trigo y las flores?

DEMÉTER

¿Y por qué crees que ella va a libertar el alma de tu padre?

TRIPTOLEMO

Quando el grano se siembra, la tierra lo cubre y no se ve nada; pero, bajo el hálito tibio de la primavera, aparece la punta verde que se madura

La Grecia heroica y sagrada

en dorada espiga. Si Deméter hace que germine el trigo en el suelo, también debe hacer que se remonten a su luz las almas de los hombres que descienden a la tierra. Por esto la esperanza ha cantado en mi cabeza como una alondra en el surco.

DEMÉTER

(Tiembra y mira a Triptolemo con emoción. Aparte.)

¡Cuán hermoso es este arrogante adolescente! Más hermoso en su intrépida esperanza que los Olímpicos en su tranquila seguridad. Tiene alma de héroe, y sería digno de ser un dios. Si Júpiter ha hecho sin mí a la virgen Palas, ¿por qué no he de hacer yo sin él un Dios, un efebo virgen? (*Ella se levanta bruscamente.*) ¡Sí, quiero que sea inmortal! ¡Él será quien me devuelva a mi hija!

TRIPTOLEMO

Desterrada extranjera, ¿qué te sucede? Parece que sacudes tu vejez como un fardo ligero. Corren chispas por tu pelo y dos antorchas arden tras tu velo.

DEMÉTER

(*Se vuelve a sentar y vuelve a tomar su actitud de anciana.*)

Son los reflejos del hogar que ondulan en mi ropa y mis lágrimas de madre lo que tú tomas por fuego. Pero escucha y ven más junto a mí. Yo he aprendido mucho, sé muchos secretos, porque soy vieja, y conozco muchos remedios, por-

Santuarios de Oriente

que soy la buena maga. Tú lloras por el alma maldita de tu padre muerto, y yo por mi hija perdida. Juro libertar al alma de tu padre, si le raptas mi hija al pirata que me la ha robado.

TRIPTOLEMO

Si la conociese, no dudaría en hacerlo.

DEMÉTER

Si supieras quién es, no te atreverías.

TRIPTOLEMO

Yo he domado a los caballos salvajes con mi freno y a las fieras de las montañas con mi lanza. ¿Por qué iba, pues, a temer a un pirata?

DEMÉTER

Has de saber que mi hija ha muerto y que el pirata es Plutón. ¿Te atreverías a descender al Tártaro?

TRIPTOLEMO

Quien se siente amigo de la luz del día no teme a las tinieblas. Ábreme las puertas del infierno y descenderé a él.

DEMÉTER

¿Sin saber si volverás?

La Grecia heroica y sagrada

TRIPTOLEMO (*solemne y serenamente*)

¡Qué importa! Antes de partir invocaré a la Gran Deméter en la besana sagrada de mi campo en que arraiga el trigo. Yo sé que desde el fondo de Uranos oirá ella mi voz.

DEMÉTER

(Oprime a Triptolemo entre sus brazos.)

¡Oh sangre noble, joven león nutrido con leche de mujer, la piedad de un niño anida en tu corazón, la miel de los sabios brota de tus labios, la llamarada de los héroes surge de tus ojos...! ¡Yo te quiero como una madre! Tú eres más que un hombre... eres mi hijo. Yo te revelaré los misterios que ningún mortal conoce; yo te descubriré los secretos de lo alto y lo bajo; arrancaré todas las vendas de tus ojos, y te haré más poderoso que todos los reyes de la tierra. Tú cantarás las divinas eumolpeas, tú trazarás los caminos que atraviesan los mundos, y, un día, a pesar del Tártaro, de los mismos hombres y de Zeus el todopoderoso, tú ascenderás a la luz celeste con mi hija Perséfone en el carro de Hécate arrastrado por serpientes de fuego. Tal será el destino de Triptolemo, labrador sagrado entre los hombres y héroe divino entre los dioses.

(Ella coge la cabeza de Triptolemo entre sus brazos y le besa en la frente.)

Santuarios de Oriente

TRIPTOLEMO

¿Quién eres tú, oh madre adorable y potente, más grande que una madre?

DEMÉTER

Algún día lo sabrás; pero ahora quiero hacerte invulnerable para que puedas realizar la obra terrible y salvadora. Quiero hacerte con mis manos una armadura sutil e irrompible, para que puedas pasar por las puertas del infierno y del cielo sin que los demonios puedan herirte.

(Pasa sus manos sobre los brazos y el pecho de Triptolemo. Una luz vivísima brota a las caricias de Deméter, y Triptolemo aparece incandescente con la vista encantada, fija, hundida en los ojos de la Diosa. Llamas y relámpagos brotan a su alrededor.)

ESCENA VI

LOS MISMOS, METANIRA, KALLIRHOE, PHAINO,
RHODOPE

METANIRA

¡Socorro! ¡El palacio arde! Vieja malvada, maga maldita, ¿por qué te admití en mi hogar? ¡Que la triple Hécate os anonade a ti y a tu fuego! Son nuestros enemigos, es Dolikos quien te ha enviado para herir a mi hijo de ceguera y atraer a

La Grecia heroica y sagrada

mi casa las maldiciones del pueblo. Fuera de aquí, hechicera.

(A la última palabra de Metanira se desvanecen súbitamente las llamas, la sala se oscurece y el hogar se apaga. Pero Deméter, arrancándose el velo y su manto de anciana, se yergue y aparece deslumbradora con su rostro de diosa. El cayado que tiene en la mano se transforma en ardiente antorcha.)

METANIRA

¿Cuál es el inmortal que se burla de nosotros? Mis fuerzas se agotan.

(Cae en tierra como herida por un rayo, con la cabeza apoyada en el sitial y el rostro oculto entre las manos.)

LAS TRES HIJAS (*cayendo de rodillas*)

Zeus, ten piedad de nosotras.

TRIPTOLEMO (*en pie y lleno de encantamiento*)

¿Quién eres tú, oh Diosa?

DEMÉTER

Yo soy Deméter. (*Volviéndose hacia Metanira y hablando con voz lenta y majestuosa.*) No has acogido bondadosa a la extranjera y la has deserrado. Te has olvidado, oh mujer, que dioses desconocidos se ocultan a veces tras de los harapos de la miseria y de las lágrimas de dolor. Sin embargo, puesto que tus hijas me han acogido con

Santuarios de Oriente

dulzura y porque eres la madre de este muchacho, yo te perdono. Pero porque no me has conocido y me has ultrajado, a mí, a la Gran Diosa, habrá guerra eterna entre los hijos de Eleusis y los hijos que se te parezcan. Pero a ti, hijo de Keleos, te amo tanto como a mi hija Perséfone, a quien has de raptar de los infiernos... Vete al ágora del pueblo, y diles que mi orden es que construyan un templo en Eleusis, en la colina de Kallikoros. Tú serás mi sacerdote, y tu gloria y la de tus descendientes sobrepujará a la de los reyes. Allí te iniciaré en mis misterios, te instruiré en mi obra, y celestes fuentes manarán para los hombres del santuario de Eleusis. Que el templo se dedique a Deméter y a su hija Perséfone.

(Desaparece.)

METANIRA (*levantándose furiosa*)

Tú me has hecho perder el manto real y la gloria de mi vejez. Maldito seas. De ahora en adelante dejo de ser tu madre.

(Silencio.)

LAS TRES HERMANAS

(Arrodilladas, se levantan y se acercan con curiosidad a su hermano. Pasan sus manos por sus hombros y le preguntan con una voz palpitante):

¿Quién es Perséfone?

La Grecia heroica y sagrada

TRIPTOLEMO

(Permanece pensativo, con los brazos cruzados sobre el pecho, desde la desaparición de Deméter. Al oír la pregunta de sus hermanas levanta gravemente la mano derecha y responde):

La que ha de ser libertada para que nos liberte.

(El templo de Hécate está envuelto en tinieblas y los mystes salen lentamente en silencio.)

Esta representación ocupaba toda una tarde, a la que seguía *la primera noche santa*. Esta era la prueba terrible para los neófitos. Iban a descender a los infiernos como Triptolemo. El infierno tenía en Eleusis una significación doble. En la aventura de Perséfone se continuaba *objetivamente* el drama del Alma, unida a la materia, en el círculo de la vida terrestre. En seguida, por pruebas personales que esperaban a los mystes, iban éstos a atravesar *subjetivamente* los terrores de la muerte, el espanto, las carreras errantes y las luchas que aguardan a las almas entenebrecidas e imperfectas a su salida del cuerpo físico. ¿Conseguirían ellos escaparse de las corrientes formidables, del peso oprimente de la atmósfera y alcanzar las puertas de la celeste morada, despojándose de este cuerpo fluídico, impregnado todavía de las manchas de la tierra, para revestirse de un cuerpo más etéreo? ¿Iban a hundirse y dispersarse en los torbellinos de los elementos o a as-

Santuarios de Oriente

cender y cristalizarse en la vida superior y eterna? Este era el inquietante problema que se presentaba, pues, según las enseñanzas de Eleusis, el alma vive únicamente por su esfuerzo y es libre de ser o no ser, de perecer o de resucitar.

A la noche, el hieroceryx decía los mystes a la entrada del templo de Plutón: "Esta noche veréis los sufrimientos de Perséfone. Después atravesaréis el abismo de Hécate y la boca del espanto. Reunid todas vuestras fuerzas y todo vuestro valor para que no os quedéis en el camino y podáis llegar hasta el umbral de la luz, en donde el alma recibe "la Corona de Alas". Y comenzaba el tercer acto del drama

EL DRAMA SAGRADO DE ELEUSIS

ACTO II

PERSÉFONA EN LOS INFIERNOS

El Tártaro. En el templo de Plutón en penumbra. A la derecha, un trono levantado bajo el Árbol de los Sueños, en cuyo follaje se aperciben vagamente las formas de animales fantásticos: Lamias, Arpias y Gorgonas.

ESCENA I

PLUTÓN con el cetro en la mano, está sentado junto a PERSÉFONA, dormida en su trono, con la cabeza apoyada en el tronco del Árbol de los Sueños. Los mystes depositan en silencio ofrendas de flores a los pies de la reina de los muertos, que no sale de su profundo sueño.

CORO DE DEMONIOS

(Invisibles en el fondo del Tártaro.)

¡Gloria a Plutón, vencedor de Perséfone! El infierno se alegra para celebrar tus bodas, y el Tártaro se ilumina con mil fuegos. Hasta ahora se nos escapaban los hijos de la Tierra. Eran inocentes y demasiado ligeros para nuestro abismo, pero ahora que poseemos a la Diosa de las alturas, las almas van a venir en multitud, atraídas por su falta y su belleza, y este reino va a poblarse de sombras quiméricas. ¡Vampiros, monstruos, ar-

Santuarios de Oriente

pías, regocijaos en el Árbol de las mentiras! ¡Gloria a Plutón! ¡El Infierno palpita de placer, y el Tártaro agarra a su presa!

PLUTÓN

(Tiene en la mano una copa negra y mira a la dormida Perséfone.)

¡Cuán bella está durmiendo! ¡Hija del cielo, flor suave de los dioses, me perteneces! Ningún inmortal volverá a verte ya. Pero, para que llegues a ser enteramente mía, es preciso que bebas este brebaje de olvido y de deseo loco y ciego. Por eso exprimo en esta copa este fruto de roja sangre, este fruto de las tinieblas. (*Exprime el jugo de una granada en la copa.*) Entonces se borrarán en ti el recuerdo y el deseo del cielo que todavía conservas y por medio del cual te podrías escapar de mí. Entonces nadie podrá retirarte del Hades, y el mismo Zeus tendría que crear otro Dionysos para conseguirlo. ¡Mas si le llamas, si tu divino esposo naciese en el seno profundo de la celeste Deméter... de tu divino deseo... solamente él... podría arrebatárte!...

PERSÉFONA (*despertándose*)

¿Dónde estoy?... ¡Oh, este terrible sueño en brazos de un dueño espantoso! ¿Quién soy? ¡La Reina siniestra de un fúnebre reino... la noche infinita me rodea... un pueblo de sombras... y sobre mi cabeza espantosos monstruos... sueños y mentiras!

La Grecia heroica y sagrada

CORO DE MYSTES

Nosotros somos almas desgraciadas que vagan por estas orillas. Sálvanos, dulce reina, y concúcenos a los Campos Eliseos.

PERSÉFONA

¡Ay! Hermanos y hermanas mías, ¿cómo libertaros, si también estoy yo cautiva? Escucho vuestros gemidos fraternales y recibo vuestras lágrimas como un recuerdo de lo alto. Llorad por mí como yo lo hago por vosotros; es este el único don que nos podemos hacer.

PLUTÓN

Levanta la frente, esposa de Plutón y Reina de los Muertos. ¿Acaso hay un imperio más bello que el mío? ¿Quién recibe homenajes como los que yo recibo? En la tierra se me teme y se implora mi gracia. La sangre de las víctimas inunda mis altares. Te harán los mismos homenajes que a mí. (*Perséfone se cubre el rostro con las manos.*) ¡Aquí los muertos se aglomeran a tus pies con más frenesí que los hombres en los templos de los Olímpicos! ¡Observa cómo te imploran! Tú eres más reina que Deméter en el Cielo. Tú les asignarás moradas eternas. Pero ahora, bebe este brebaje que te hará comprender las alegrías del Hades y de mi lecho nupcial...

(Tiende la copa a Perséfone, que duda de tomarla, cogiéndola al fin con mezcla de curiosidad)

Santuarios de Oriente

y de inquietud. En el mismo instante, los vampiros, las esfinges, las arpías, se ponen a lanzar reflejos mágicos en el Árbol de los Sueños, descajando los ojos y sacando sus garras.)

PERSÉFONA

¡Oh copa extraña que hace que mi mano tiemble! En su rojo licor rutila un deseo espantoso. Las simientes de las granadas brillan en ella como la ciencia del mal, como el grano fecundo de tormentos infinitos... No; no beberé. Pero la copa se me adhiere a la mano. Cuando se ha mirado una sola vez esta crátera negra, es preciso mirarla otra vez. (*Ella mira a la copa por segunda vez.*) Es raro; ahora me veo en ella, y mis ojos brillan con un fuego sombrío. Es idéntico al que brilla en los ojos de mi terrible esposo, al que arde en mis venas. ¡Ah! ¡Qué flecha ha atravesado mi corazón! ¡Oh, hórrido tormento! ¡Es el recuerdo de la felicidad perdida, el recuerdo de lo alto, de arriba! Cuando jugaba en el regazo de mi madre celeste, yo era la virgen divina; sin embargo, tenía un esposo... pero ya no sé su nombre... su imagen se esfuma... ¿Fué un sueño? ¡Ay, ya no puedo volver a subir! ¿Es preciso, pues, que olvide?

CORO DE MYSTES

No olvides, Perséfone. No bebás la roja sangre de la negra copa, y haz que salgamos del abismo de Hécate para entrar en los Campos Elíseos.

La Grecia heroica y sagrada

CORO DE DEMONIOS

¡Olvida! ¡Olvida! ¡Bébe y haz que bebamos en tu copa, la copa de la vida! Pues nos devora la sed, la sed inextinguible del Infierno.

PERSÉFONA

Yo también tengo sed ahora... ¡Horrible tormento!... ¡Oh este recuerdo, pálido como la esperanza que va a morir...! ¡Si pudiera agrandarlo... o apagarlo!

(Contempla por tercera vez la copa.)

PLUTÓN

El encantamiento obra... Ella beberá de la copa.

PERSÉFONA (*volviéndose hacia Plutón*)

¡Qué espejismo! ¡Qué embriaguez desconocida! Tu color cambia, oh, rey; tus ojos se agrandan, y tu diadema de oro brilla. En tus cabellos oscuros hay estrellas azules. ¡El negro Plutón se transforma en el hermoso Aidoneo! No he perdido a mi esposo. ¡Jadeante y loca, le vuelvo a encontrar más terrible y hermoso! ¿Es verdad todo esto?

PLUTÓN

Es verdad. Yo soy el esposo eterno que Zeus otorgó a la virgen Perséfone. Bebe, y serás la reina de los muertos. Todo el Infierno va a ce-

Santuarios de Oriente

lebrar las sombrías alegrías de nuestro lecho nupcial... ¡y el Olimpo palidecerá!

(Perséfone cierra los ojos y se lleva la copa a los labios; pero resuena un trueno seguido de un retumbar de címbalos. En las tinieblas aparece un carro guiado por dragones de fuego. Hécate lo conduce. Triptolemo está sentado a su derecha: tiene en la mano su pica de labrador, que le sirve de lanza.)

ESCENA II

LOS MISMOS, HÉCATE y TRIPTOLEMO

PLUTÓN (*se levanta blandiendo su cetro*)

¿Quién es el atrevido que osa cruzar sin mi permiso las puertas del Infierno? ¿Un hombre vivo aquí? ¡Que perezca herido por el rayo!

HÉCATE

No puedes hacer nada a Triptolemo, pues Deméter lo ha bañado en su fuego y yo soy quien lo ha traído. Guarda tu rayo, porque él es invulnerable.

PLUTÓN

¡Miserable Hécate! ¿Has sido tú quien has hecho esto? ¡Perra de faz de sirena, desvergonzada husmeadora! Puesto que te has atrevido a ello, amarillearé tu máscara sonriente que engaña a los hombres y a los dioses, y serás el espanto de

La Grecia heroica y sagrada

la tierra. ¡Te llamarán sobornadora y hechicera, y llenaré tu frente de vieja con las arrugas de los lemures!

HÉCATE

Yo cumplo la orden de la Gran Diosa; y, ahora, dios de los muertos, escucha la voz de un ser vivo.

TRIPTOLEMO

Detente, Perséfone. No bebas de esa copa y acuérdate de tu madre.

PERSÉFONA

(Sobrecogida y como saliendo de una pesadilla.)

¿Quién eres tú, oh mortal más atrevido que los dioses?

TRIPTOLEMO

Un hijo de rey; soy Triptolemo, el labrador de Eleusis, el hijo y el iniciado de Deméter, que ha despreciado una corona por venir a buscarte.

PERSÉFONA

¡Oh, efebo virgen y sin miedo! Sólo con verte salgo de un sueño horrible. ¡Al mirarte creo volver a ver la tierra primaveral, al inmenso Urano y a mi Madre divina y a Él también, al Esposo sagrado perdido durante tanto tiempo... y olvidado! Las celestes voces murmuran en mi corazón cual una fuente que empieza a manar.

Santuarios de Oriente

TRIPTOLEMO

Entonces... sube a mi carro... y sígueme.

PERSÉFONA

¡Ay! No eres tú quien puede romper para mí las puertas de este reino. Un hombre no es bastante: sólo un dios podría raptarme a un dios. Él que antaño se movía conmigo en el seno de mi madre, al que destruyeron los Titanes... solamente Él me podría libertar... ¡Dionisos! ¡Dionisos! Yo te invoco.

(Arroja al suelo la copa de Plutón.)

PLUTÓN

¡Muera Triptolemo! Él me pertenece. ¡El Infierno lo retendrá!

(Nuevo trueno; Plutón, Perséfone, Hécate y Triptolemo desaparecen.)

En seguida una noche oscura envolvía a los mystes. Unas manos les cogían y les arrastraban por la obscuridad. Y, después, rompían las tinieblas vívidos relámpagos y visiones espantosas. Unos, veían a Sísifo aplastado bajo su roca; otros, a Ixión despedazado por su rueda. Se veían hombres hundidos en una ciénaga que eran derribados en tierra por monstruosas serpientes que se enroscaban a sus cuerpos. Y una voz clamaba: "Hete en el abismo de Hécate. Aquí las pasiones que has

La Grecia heroica y sagrada

alimentado son seres vivos. La bestia que nutriste te escoge por presa. ¡Ambiciosos y crueles, lujuriosos, hipócritas y malvados, defendeos de vuestra progenitura!" Y aparecían larvas repugnantes que les cerraban el paso. ¿Se avanzaba? ¿Se retrocedía? Nada se sabía. Alrededor de los mystes, que caminaban a tientas, desorientados, sonaba siempre un silbido de viento ininterrumpido, mezclado con alaridos y quejas. No estaban en un Templo, sino en un Erebo ilimitado, sembrado de pálidos resplandores. "El alma en el momento de morir — dice Plutarco — experimenta la misma emoción que los que se inician en los grandes misterios. Al principio son carreras al azar, penosas revueltas, escalinatas inquietantes e interminables a través de las tinieblas. Después, antes de acabar han llegado al colmo el espanto, el escalofrío, el temblor, el sudor frío, el horror" (1).

De repente se veía a lo lejos un halo de luz, al principio turbio y después distinto, redondo y amarillo como el de la luna que asciende. La voz del hieroceryx invisible decía: "He aquí la puerta de la salvación; pero tened cuidado con la onda Estigia." Y, entonces, se veía salir a lo lejos un enjambre de sombras flotantes como nube fosforescente que se evapora en el abismo; sombras que haciendo un supremo esfuerzo parecían arrancarse del abismo del Tártaro, atraídas por la forma luminosa. Y clamaban ellas sollozando: "Hécate,

(1) Plutarco, *Fragmentos*, tomo V, pág. 9, edición Didot.

déjanos salir del círculo del espanto." Pero inmediatamente una nube negra y compacta, en la que se veían formas demoníacas, velaba el disco solar. Estas negras larvas murmuraban: "Somos vuestros malos pensamientos; vosotros nos habéis dado vida." "Somos demonios del abismo de Hécate. Entre vosotros y la puerta de la luz tejemos un velo impenetrable. O nos destruíis u os destruímos." Y las pálidas sombras se debatían en el abismo lanzando exclamaciones de rabia y gimien-do ante el creciente enjambre de larvas (1).

De repente, se acercaba la puerta de la luz. Los mystes veían a su izquierda una mujer vestida de negro, que, sonriendo seductoramente, se hallaba en pie bajo un ciprés blanco, al borde de una fuente. Esta mujer, que representaba a Hécate, sacaba agua de la fuente y decía a los mystes: "Bebed, almas sollozantes, y volveréis a encontrar la vida." El heraldo añadía: "Guardaos de beber en esta fuente, si queréis llegar a la morada de los héroes y de los dioses. Si bebéis un solo trago del ciego deseo, volveréis al círculo inferior, a un cuerpo obscuro, y sufriréis nuevamente los males del infierno. Mirad a la derecha." Al lado derecho de la puerta de la luz veían los

(1) Véase el notable libro de Stanislas de Guaita: *Le Serpent de la Genèse*, librería Chamuel, tomo II, cap. VI, *La Muerte y sus arcanos*, para ver las fases diversas por que atraviesa el alma después de la muerte, según las tradiciones esotéricas de Egipto, Grecia y la Kábala. La obra, de vasta erudición, concebida por un pensador, está escrita por un artista.

mystes dos hombres de noble aspecto, vestidos de blanco y coronados de mirto, que estaban en pie bajo un laurel, cerca de una fuente clara y argentina. "¿Quién eres tú?", decía uno de los guardianes al primero de los mystes. Éste respondía en nombre de los demás, pronunciando las palabras dictadas por el hieroceryx: "Yo soy el hijo de la tierra y del Cielo estrellado; pero mi origen es celeste. Y, ¿quiénes sois vosotros, guardianes de la límpida linfa?" "Nosotros somos los enviados de la familia celeste, y hemos venido al abismo de Hécate a buscarte. He aquí la fuente divina que mana del lago de la Memoria. Bebe sin tardanza en su onda fresca y te recordarás."

Los mystes bebían en la copa de agua fresca, pasaban por la puerta, y se internaban en una pradera sembrada de bosquetes de mirto. Bajo la luz suave se paseaban unas parejas enamoradas. Del templo de Deméter surgían sonidos de flauta y de liras que parecían tejer el paso y los gestos de los hermosos grupos de adolescentes y de muchachas que se movían detrás de los árboles. Y las palabras se desgranaban en el aire como un melodioso murmurio. Sólo se oían bien algunos fragmentos dispersos. Estas almas aladas decían: "La hierba está esmaltada de rosas, y bajo nuestros pies brillan flores húmedas. ¡Vanos recuerdos de la tierra, deshojaos en las ondas del Leteo! ¡Huéspedes novicios, venid a coger rosas de luz en una cabelleira sombría y a saborear el gran recuerdo en los ojos saturados de amor inmortal! ¡Sube, oh

Perséфона! ¡Vuelve, oh Dionisos!” Eran apariciones encantadoras, pero fugitivas, voces irreales casi. Los grupos habían desaparecido. Los mystes llegaban al peristilo de un gran templo, en que les esperaba el Daduco o Portador de la Antorcha de Eleusis. “Ya habéis llegado al umbral de Deméter — les decía, — pero hoy sólo se os permitirá contemplar durante un instante el rostro de la Diosa. Dentro de tres días entraréis en su luz, después de haber asistido a la vuelta de Perséфона.” Y los mystes admiraban por la puerta abierta del templo, en que brillaban los candelabros, la estatua majestuosa y colosal de Deméter, hecha con oro y marfil, cuya diosa se hallaba en pie en el fondo de su camerino, apoyada en su cetro, muda, pero hablando con sus ojos azules de piedras preciosas.

Se decía que era ella quien había creado toda la magia eleusina. Y, a pesar de esto, parecía que esperaba en silencio terrible...

Los tres días siguientes se consagraban a los juegos gimnásticos y a las representaciones teatrales, en que se conmemoraba a los héroes de la tragedia titánica y argonáutica: Hércules, Jasón, Perseo y Prometeo, etc., personajes en los que reconocían los Eumólpidas las manifestaciones diversas del Dionisos místico. En el noveno día de fiesta se celebraba la procesión de Iacco. De Atenas se traía solamente la imagen de un dios niño, coronada de hiedra. Le habían llamado Iacco para que no se le pudiese confundir con el Baco popu-

lar, lo que le hubiera expuesto a ser profanado. Para los iniciados simbolizaba el segundo Dionisos. Su renacimiento misterioso y su encuentro con Perséфона constituían el último acto del drama sagrado de Eleusis, al cual asistían los mystes durante la *segunda noche santa* en el templo de Deméter.

EL DRAMA SAGRADO DE ELEUSIS

ACTO III

EL MATRIMONIO SAGRADO

ESCENA I

ZEUS, *poco después* DEMÉTER

(Una gruta del Olimpo, en la que se ve un lecho de marfil y de oro, sembrado de azucenas y de rosas, medio envuelto en una nube.)

ZEUS

(En pie, a cierta distancia del lecho, apoyado en su cetro, en profunda meditación.)

Los tiempos se han cumplido. Deméter debe volver. Su desenfrenada carrera por el mundo está a punto de terminar. Triptolemo, su hijo, ha pasado por las puertas del Tártaro, pero, cautivo también de Plutón, no ha podido librar a Perséfone. Deméter, la de los cabellos de oro, la Madre de los Dioses, la Luz increada, vaga por la Tierra como una Furia, armada con sus antorchas encendidas, y no puede encontrar a su hija. Los hombres retroceden espantados ante sus pasos y sus ojos terribles, pues su corazón está encolerizado contra mí. Y, sin embargo, ¿podría ella dar a luz sin mí al hijo que debe libertar a Perséfone?

La Grecia heroica y sagrada

De esta manera, también yo sufro el destino inexorable del mundo, que es mi obra. Mi rayo puede aniquilar a los hombres, que, sin embargo, son libres de vivir y morir cuando quieran; pero sus pensamientos tienen consecuencias que ni aun yo mismo podría detener, cuando se han transformado en actos. En cuanto a los dioses que he creado, nada les encadena; cada cual actúa en su esfera con el poder que le he conferido, y son eternos cual yo. Si Perséfone bebiese en la copa de Plutón, no podría mi rayo ni mi cetro hacer que volviese... Y mi corazón tiene sed de mi hija; nada puede reemplazarla y ya estoy hastiado de mi soledad. Pero, sin Deméter, no puedo hacer nada por ella. ¿Qué es ese ruido insólito? El éter tiembla y ruge... y desde el fondo del espacio sube un torbellino de viento a herir las laderas de la montaña... es la Madre de los Dioses que asciende al Olimpo y vuelve a asaltarme como una ola furiosa...

(Se oye un ruido de tromba.)

DEMÉTER (*con una antorcha en cada mano*)

¡Oh Zeus, impasible y cruel! ¿Cuándo cesarás de despojarme? Tú, que vives inmutable en tu fuerza y esplendor, no te cuidas de los males que sufren tus criaturas ni de mí misma que soy tu esposa. ¡Has dejado que Perséfone, nuestra hija, cayera en el Abismo y la has cedido contra su gusto a tu hermano Plutón!

Santuarios de Oriente

ZEUS

Plutón la ha raptado a pesar mío; pero yo no podría arrebatársela la presa, que es su conquista legítima. Cuando Perséfone quiso jugar al borde de Océanos con las Ninfas, su curiosidad la arrastró hasta las esferas inferiores, y su corazón llamaba en secreto al encantador.

DEMÉTER

¡Pérfido! Tu profunda astucia oculta tu crueldad. Al dejarla descender meditabas su pérdida.

ZEUS

Perséfone es la hija de tu deseo, y, como tú, es inmortal y libre.

DEMÉTER

¡Más vale la muerte que esa inmortalidad! ¿Qué has hecho por arrancarla de su esclavitud? Yo por lo menos he enviado a Triptolemo al Tártaro, para que la rapte de allí. El labrador de Eleusis ha despertado a Perséfone de su sueño, pero Plutón les ha atado a los dos con sus cadenas.

ZEUS

Un hombre no puede romperlas.

DEMÉTER

¡Inexorable! Así pues, ¿no quieres libertar a tu hija?

La Grecia heroica y sagrada

ZEUS (*sombrio*)

¡Ay! ¿No ha seguido mi hijo Dionisos a su hermana hasta el mismo abismo para salvarla?

DEMÉTER (*con ironía*)

Sí, Dionisos, el hijo de tu deseo... y los Titanes lo han despedazado. ¡Él, como tú, no ha sabido libertar a Perséfone; pero, si no sabes poner remedio ahora y hacer que mi hija vuelva a mis brazos, volveré a descender a la Tierra e incendiaré todo el universo con estas antorchas!

ZEUS

Escucha, Deméter, sólo un nuevo Dios puede salvar a Perséfone...

DEMÉTER

¿Cuál?

ZEUS

Un Dios concebido por mi llama y alumbrado por tu luz; un hijo de mi voluntad y de tu amor.

DEMÉTER

¿Cuál será su nombre?

ZEUS

El hijo soñado de mi supremo deseo... ¡el nuevo Dionisos!

Santuarios de Oriente

DEMÉTER

¿Para que lo desgarran otra vez los Titanes?

ZEUS

Los Titanes no podrán hacerle nada. Él no será invulnerable, sino más fuerte. Él se ofenderá a los hombres, a los dioses y al Universo. Combatirá con su entusiasmo y con su belleza, y derramará su sangre y sus lágrimas con gritos de triunfo; pero bajo la égida de su túnica desgarrada será el invencible Heros.

DEMÉTER

¿Todavía más sangre y más lágrimas? No; no quiero. ¡Por la eterna virginidad de mi luz, de oleadas siempre renacientes, es preferible destruir este universo que hacer otro semejante! ¡Antes el sueño eterno en la noche en que antes flotábamos!

(Se oye salir desde el fondo de la caverna del Abismo, un grito de dolor. Deméter deja caer sus antorchas, que se apagan en tierra.)

ZEUS (*señalando al fondo de la gruta*)

Escucha, pues, las voces que del Abismo salen llamándote.

UNA VOZ DE MUJER (*desde el Abismo*)

Dionisos... Dionisos...

La Grecia heroica y sagrada

DEMÉTER (*con espanto y alegría*)

¡La voz de Perséfone!

ZEUS

¿Lo oyes? No es a ti a quien invoca, sino a Dionisos, al hijo de mi deseo.

DEMÉTER

(Llévase las manos a las sienes y queda en éxtasis.)

¡Qué inmenso sueño me circunda! ¡Qué sueño divino me apacigua y me sacia! ¡Vuelvo a oír nuevamente el concierto de los mundos! ¡Oh luz difundida por doquier... en que pasan blancos caballos, deslumbradores escudos, héroes altivos y vírgenes de fuego... todo es dulce y fulgurante en el fondo de tu esplendor! ¡Oh ensueño inaudito! ¡Oh Dionisos!

(Cierra los ojos, y se deja caer dulcemente en el lecho.)

ZEUS

(Sin cambiar de lugar, extiende su cetro sobre Deméter contemplándola.)

El encanto supremo le subyuga... El sueño brota de mi cetro... mi pensamiento desciende a su seno...

(Suben nubes del suelo, que ocultan el grupo y llenan la caverna.)

Santuarios de Oriente

CORO INVISIBLE DE BIENAVENTURADOS

Cuando Deméter duerme, los dioses se recogen y los hombres tiemblan de miedo sin saber por qué, pues de su sueño surge un nuevo Dios. ¡Hombres, inclinaos ante el santo misterio de los dioses! Una de sus miradas da nacimiento a millares de vidas; uno de sus días abarca miríadas de años; el universo es una de sus noches, en que incuba los mundos futuros el tiempo y el espacio, replegando sus alas... Pero vosotras, almas dispersas, semilla del Abismo, que flotáis inciertas y prestas a oscureceros con la muerte, habéis llegado al centro de la vida celeste y primordial. ¡Venid a contemplar el hogar incandescente de donde surgisteis un día! ¡Venid a ver la fuente brillante del Día! Del himeneo de Zeus y Deméter va a nacer el niño sagrado, el Brillante y el Vencedor. "La Fuerte dará a luz al Fuerte" (1).

(1) El hierofante, que no es mutilado como Attis, sino que se ha reducido a la impotencia bebiendo cicuta y ha renunciado a toda unión carnal, exclama de noche en Eleusis con fuerte voz, cumpliendo entre los fuegos los grandes e inefables misterios: "La divina Brimo ha dado a luz a Brimos", es decir, "La Fuerte ha dado a luz al Fuerte." Así se expresa el autor ignorado de la *Philosophoumena* (L. V., 1, pág. 17). M. Foucard, citando este pasaje, reconoce en él la fórmula que acompañaba en Eleusis a la representación de la unión sagrada de Zeus con Deméter.

La Grecia heroica y sagrada

ESCENA II

TRIPTOLEMO y PERSÉFONA. *Poco después* DIONISOS; *al final* ZEUS y DEMÉTER

(Las nubes que llenan la caverna se agitan y se vuelven luminosas. El carro de Hécate sube lentamente del suelo. Triptolemo lleva las riendas de los dragones de fuego. A su lado está sentada Perséfone, vestida con un peplo de diáfana blancura con reflejos de oro. El vestido parece iluminado desde el interior por el cuerpo luminoso. Ella lleva una corona de narcisos, brillantes como estrellas. Una gasa de color de jacinto cae de sus cabellos sobre su vestido cual un velo de novia.)

PERSÉFONA

Triptolemo, hijo de Eleusis, labrador valiente, intrépido domador de caballos, dominando a estos dragones inflamados que rompen las rocas y hien-den el Éter, me has conducido hasta aquí con segura mano a través de los espacios ilimitados. El día en que un rayo celeste ha penetrado en el Tártaro, he podido arrancarme de los brazos del vigilante Plutón, sumergido en un profundo sueño. He subido a tu carro; las puertas infernales se han abierto por sí mismas ante ti, y hemos recorrido el Empíreo. Pero yo no sé cuántos siglos ha durado este viaje, pues la luz de Helios ya no nos iluminaba, y solamente los astros nos daban luz. Pero ¿cuál es este divino lugar? ¿Qué perfumes y cantos celestes son esos que hacen que se expanda mi alma como el azafrán de color de oro?

Santuarios de Oriente

Yo reconozco el Olimpo natal. Rayos deslumbradores salen de la caverna. Las nubes giran como hojas de una rosa ardiente de cáliz deslumbrador. Siento escalofríos y no puedo separar de ella mis ojos.

TRIPTOLEMO

¡Oh Diosa, vas a ver al que buscabas por los mundos!

(Dionisos sale del centro incandescente de las nubes, que se disipan en seguida, y el dios aparece radiante sobre el fondo de la caverna, que ha vuelto a oscurecerse. Está coronado de hiedra y lleva un vestido de piel de ciervo.)

PERSÉFONA

¡Oh Divino Hermano, que te me apareces tan triste y tan bello en tu esplendor, yo te saludo mientras tiembla mi corazón y no oso acercarme a ti!

DIONISOS

Perséfona, hermana mía, salida al fin del Abismo, durante los largos siglos de nuestra separación has estado ante mí como un sueño vivo, como ahora lo estás, brillando con eterna juventud bajo tu velo de novia y tu corona de narcisos...

PERSÉFONA

¡Ay! He cogido el narciso del deseo; el negro Plutón me ha raptado... me ha hundido en el

La Grecia heroica y sagrada

Abismo... y he olvidado... allí era aún más desgraciada; y he llorado lágrimas de amargura en mis tinieblas...

DIONISOS

A mí por ir en tu busca los Titanes me desgarraron. Pero no te he olvidado. Ellos han dispersado mi carne y han arrojado mi cuerpo a los tigres y mi cabeza al Abismo; pero mi carne, mi corazón y mi cabeza decían siempre: ¡Perséfona! ¡Perséfona!

PERSÉFONA

¡Y yo no oí nada: hundida en horribles sueños, en los brazos de Plutón, y reina de los muertos, era también yo una muerta...!

DIONISOS (*acercándose*)

¡Oh, esta sed de vivir y renacer para volver a encontrarte entre las criaturas! Yo era ese Baco de la tierra que cree gozar; mas que vive para sufrir y hacer sufrir a los demás. Y veía morir a las Bacantes heridas por mi mirada soñando en ti... ¡Yo vivía y me hacía mil pedazos... y renacía para dispersarme en millares!

PERSÉFONA

¡Oh esta sed de amar y de morir entregándome! ¡Yo me retorcí en los brazos de Plutón

Santuarios de Oriente

llamando a mis libertadores, y sólo abrazaba fantasmas y sombras. Y no pudiendo morir... yo clamaba!...

(Se levanta.)

DIONISOS

Tu clamor me resucitó... y vine.

(La toma de la mano y le hace descender del carro.)

PERSÉFONA

¡Tú viniste en forma de Hércules, Jasón y Prometeo, héroes heridos por el beso del rayo, que son de tu raza y de tu sangre!

DIONISOS

Yo me deslizaba en su sangre, luchaba en sus cuerpos y hablaba en su voz para que me reconocieses... y tú clamabas de alegría y dolor; pero no podías romper las puertas de tu infierno. ¡Entonces fuí allí yo mismo!

PERSÉFONA

Tú me enviaste un rayo de tu luz y subí del Abismo. Heme aquí. (*Rodea con sus brazos el cuello de Dionisos y le contempla.*) El Hermano se ha convertido por mi deseo en el Esposo.

DIONISOS

La Hermana se ha transformado por mi dolor en Esposa.

La Grecia heroica y sagrada

PERSÉFONA

La hiedra ha florecido en tus oscuros cabellos. ¿Qué son estos frutos rojos?

DIONISOS

Son las gotas de mi sangre que por ti vertí. Tus narcisos han llorado, ¿qué es ese rocío de sus capullos?

PERSÉFONA

Son las lágrimas de Perséфона...

DIONISOS

¡Cuán bella eres, hija de la Celeste Luz!

PERSÉFONA

¡Cuán hermoso eres, hijo del Deseo inmortal!

DIONISOS

Tuyo para siempre.

PERSÉFONA

Tuya hasta la eternidad.

(Zeus y Deméter aparecen en el umbral de la caverna. Perséфона corre a echarse en los brazos de su Madre. Dionisos se acerca a Zeus.)

ZEUS

Triptolemo, por tu pureza y tu valor has visto lo que ningún mortal ha contemplado. Vuelve a Eleusis; pero no reveles nunca estos misterios a

Santuarios de Oriente

los profanos. Te llamarás entre los hombres el hijo de Deméter; y entre los héroes y los dioses el libertador de Perséfone.

(El carro de Triptolemo vuelve a descender; los dioses desaparecen.)

CORO INVISIBLE DE HÉROES

Los que habéis contemplado el santo misterio de donde han surgido los hombres y los dioses, conservad este recuerdo en la tierra. Que él os consuele mientras viváis y que os guíe después de la muerte. Pero guardad el tesoro en el fondo de vuestro corazón como un diamante en una roca... Se puede recibir la Verdad en su Santuario y llevar sus rayos por el mundo; ¡pero quien descubre su morada sublime la pierde para siempre...!

La gran sala de la iniciación, de forma cuadrada y construída por Ictinos (1), se encontraba no lejos del templo de Deméter. Allí es donde tenía lugar, después de la conclusión del drama simbólico y sagrado, la última iniciación, designada con el nombre de *epoptia* o visión directa. Los espectadores se colocaban en las graderías talladas

(1) Esta sala es la única del templo de Eleusis de que ha quedado completamente visible la estructura. Se ha librado de la destrucción porque estaba casi toda ella tallada en la roca. Cuando se recorren estas ruinas es lo que llama más la atención, por su rara disposición. En este bosque de cuarenta y dos columnas, y ante los espectadores colocados en los cuatro lados de la sala, no era posible que se celebrara ninguna representación dramática, ni ninguna ceremonia religiosa ordinaria. Más que otra cosa, parece un lugar para hacer invocaciones mágicas.

La Grecia heroica y sagrada

en la roca, existentes en los cuatro lados de la sala. Por todas partes se veía un bosque de columnas. Entre las columnas ardían algunas antorchas colocadas sobre trípodes de bronce, y, ante los trípodes, funcionaban los sacerdotes, cantando a coro melodías sagradas. En los intervalos del canto, el hierofante, situado en el centro de la sala, leía antiquísimas invocaciones en una tablilla de piedra. Entonces acontecían las apariciones mágicas de que hablan encomiásticamente y llenos de asombro los autores de la antigüedad, pero cuya naturaleza es difícil de precisar actualmente. El autor de *Epinomis* habla de ellos como de "lo más hermoso de ver en este mundo". Himerius los llama "visiones divinas". Platón los compara a los espectáculos de que gozarán las almas de los bienaventurados después de la muerte. Según Proclo y Porfirio, la sala se llenaba de grandes nubes cruzadas por fulgores de luz, y después se mostraban formas translúcidas de radiante belleza. Según decían los filósofos de Alejandría, la misma Deméter, el Alma del Mundo, la Luz interna que habla en imágenes, se manifestaba así a los iniciados, convertidos en videntes, revelándoles sus tipos, almas y genios. Al son de las liras y de las eumolpeas, se abría durante unos instantes una ventana en la inmensidad de esta Luz viviente en que brillaba el amor de Dios (1).

(1) Hablando en nombre de la ciencia y de la tradición oculta, debo decir que los fenómenos producidos por los Eumolpidas no eran el éxtasis de los videntes verdaderos,

Santuarios de Oriente

Sin embargo, la luz había dejado de parpadear; las formas fluidicas se habían fundido en nubes de incienso, y éstas se habían desvanecido a su vez. La sala estaba únicamente iluminada por antorchas que teñían de rojo las columnas grises, en cuyo centro se veía al hierofante en pie, junto a un pequeño monumento de columnas de marfil que tenía apariencia de templete, en que se erguían como en un campo maduras espigas. Entonces, la sacerdotisa que había representado el papel de Perséfone se adelantaba vestida de novia, y cortaba en silencio las espigas con una falce de oro, y formaba con ellas una gavilla.

— La Segadora ha cosechado — decía el hierofante. — Perséfone, ve a llevar tu gavilla de almas a Deméter.

La iniciación se resumía claramente en la simplicidad de este acto final, para los que habían seguido atentamente los misterios y los habían comprendido. La espiga cortada por la reina de los

de los santos y de los profetas. En éstos se produce, por medio de una gran separación de la vida corporal, una especie de visión directa sin intermediarios del mundo espiritual. Los fenómenos de Eleusis eran de orden mágico. Debían de ser *materializaciones* de entidades espirituales por medio de los flúidos acumulados de los operadores y de los asistentes. Este fenómeno, inverso del éxtasis, es conocido por los ocultistas como una refracción de lo espiritual en lo astral, es decir, en la atmósfera de la tierra y de sus habitantes. La historia de Katie King, referida por el sabio contemporáneo William Crookes en su libro *La fuerza psíquica*, puede darnos una lejana idea de lo que fueron los fenómenos de Eleusis.

La Grecia heroica y sagrada

muestrados y por los elegidos significaba que la creación es una ofrenda de Dios al hombre y que la vida es una ofrenda del hombre a Dios. El secreto del alma es el nacimiento, la muerte y la resurrección: esfuerzo doloroso, sublime floración, inmortalidad a costa de sacrificio.

Perséfone oprimida henchida de amor la hermosa gavilla contra su albo seno y, después de haber dado una vuelta a la sala, salía en silencio como había venido, al son moribundo de las liras.

— ¡Vivid en el Alma universal!

Estas eran las últimas palabras del Eumolpida. La multitud se dispersaba lentamente en las tinieblas a la luz vacilante de las antorchas, con un murmullo parecido al de un trigal cuando el viento ondula la mies en la noche.

EPÍLOGO DE LOS MISTERIOS

Si algunos iniciados, más pensadores o más conmovidos que los demás, se pasearan por la playa desierta de Eleusis a la mañana siguiente a la noche santa ¡con qué profunda mirada deberían contemplar las estrellas que se reflejaban en el golfo azulado y el alba argentina que asomaba su rostro de curiosa tras de Salamina!

Les parecería que el mundo era más transparente, y ellos mismos también se encontrarían metamorfoseados. Las nuevas revelaciones sólo se pueden comprender con un alma nueva. Al cautivarles la vista y el oído las imágenes, las palabras y los cantos habían despertado en su interior esa alma profunda, que había sentido cosas inauditas de inmemorables verdades siempre nuevas y, al reconocerlas, se había reconocido a sí mismo. ¿Existe mejor prueba que ésta? El espíritu descompone o reajusta los fragmentos sueltos de lo verdadero cuando razona; pero, cuando el alma se identifica con la cosa contemplada, vuelve a encontrarse a sí mismo en el centro de la verdad. Eleusis había producido en los iniciados *la cesación de la vida separada y el sentimiento de la vida una*, por medio de emociones sucesivas y una sumersión final en la luz, puesto que la vida una es la comunión orgánica del alma con el universo, la humanidad y Dios.

La Grecia heroica y sagrada

¿No es acaso una revelación de la íntima filiación de los seres innumerables que descienden del Arquetipo y del Alma universal (efigies múltiples, formas evolucionadas degenerantes o reintegradas al Eterno Masculino y al Femenino Eterno) esta nueva comunión de las almas humanas con el Universo? Por mucho que Dionisos se divida en el mundo y por muchas muertes que Perséfone sufra, saben al tener conciencia de su origen, que han de volver a encontrarse en el seno del Padre y de la Madre infinitos, al final de la inmensa odisea cósmica.

La cruel influencia de los astros inaccesibles no turbaba la alegría eleusina, sino que ésta recibía la luz fraternal de aquéllos. Este sentimiento se encuentra bien definido en la inscripción de un sarcófago griego encontrado en Aix, Provenza, que habla desde el fondo de su tumba de la siguiente manera: "Las almas de los muertos están divididas en dos grupos. Uno de ellos, vaga por la superficie de la tierra; el otro, hace coro con los astros que brillan en los cielos. A este último grupo pertenezco yo, pues he tenido la dicha de tener por guía a un dios."

¿Y no era acaso una comunión con el corazón divino de la humanidad el haber contemplado los prototipos del Hombre y la Mujer, vueltos a su poder y belleza por el sufrimiento y la lucha? El segundo Dionisos había mezclado las puras gotas de su sangre con las suaves lágrimas de Perséfone resucitadas. Al abrazarse los dos dioses, habían

Santuarios de Oriente

brotado de su abrazo torrentes de luz y, los mystes que habían adquirido el don de la videncia, habían visto la inmensa refracción del dios en la leyenda argonáutica, la cual parece la gloriosa guirnalda de sus encarnaciones redentoras. ¡Cómo brillaban entonces bajo una luz nueva Hércules y Jasón, Perseo y Prometeo! Junto a esta magna manifestación del dios en sus deslumbradoras manifestaciones dolorosas, parecía frío, duro y casi egoísta ese Apolo que no tenía más mandamiento que el de ser justo. La divisa del segundo Dionisos era: "En la cumbre del ser y de la conciencia, gustar la embriaguez de la vida haciendo holocausto de sí mismo." No es la mutilación, ni la abnegación, sino la afirmación suprema del yo por medio del sacrificio. Y el Héroe florecía, ofrendándose como un ramo de flores a los hombres, al Universo o a Dios en el altar de la Belleza, la Verdad y el Amor.

¿No se presentía acaso la comunión con el Dios inefable cuando se lograba percibir las perfectas armonías del mundo inteligible que, resonando en el Universo, quebrándose en la tragedia y gimiendo en el Infierno del alma, retornaban a su fuente primitiva en infinitas oleadas?

Platón decía que: "Muchos son los que llevan tirso y antorcha, pero pocos son los elegidos", lo cual era tan verdad en Eleusis como en todas partes. Así que las representaciones hechas en el templo producían efectos diversos y hasta muchas veces opuestos en los espectadores. Cada cual pe-

La Grecia heroica y sagrada

netraba más o menos en el sentido de los símbolos vivientes y los interpretaba a su manera. Unos se detenían en su belleza externa; otros participaban de su fervor religioso, y un escaso número llegaba a comprender la idea pura. Algunos permanecían indiferentes o se burlaban secretamente de ellos. Pero el efecto común de la iniciación consistía en descubrir las almas a las almas y en arrancar de los rostros humanos las máscaras habituales de la vida, haciendo que la verdadera personalidad surgiera de la falsa.

Al recibir las emociones sucesivas del drama sagrado se descubría la naturaleza íntima de los participantes con toda su bondad o maldad, fealdad o belleza, aridez o entusiasmo. Y, a su luz, se rechazaban o atraían las almas desenmascaradas. Y, a veces, ocurría que los que habían creído conocerse y amarse, retrocedían llenos de espanto y de cólera y que los que no se conocían se reconocían y unían transportados. De ahí los pactos, las amistades y aun los amores, amistades puras y amores sagrados, pues empezaban bajo el hálito virginal de Perséfone; y la mirada de la diosa había hecho surgir por un instante a la divina Psiquis de su envoltura terrestre. Los antiguos monumentos funerarios atestiguan su veracidad. El perfume de Eleusis emana todavía de todas esas manos esculpidas en los fustes de mármol y unidas hasta la eternidad.

En los misterios de Samotracia — diferentes de los de Eleusis por la manera de representarlos, pero

Santuarios de Oriente

análogos en su espíritu, — fué en donde el rey Filipo de Macedonia encontró a la joven Olimpia, quien luego fué su esposa. Y de la unión de ambos nació Alejandro el Grande. Es cierto que Alejandro no fué un rey sin tacha; pero no deja de ser cierto que fué un rey Dionisiaco, gran removedor de pueblos y buen sembrador de ideas: fué la última encarnación potente de la Grecia heroica, un Aquiles del trono que soñó con extenderla hasta Oriente. Y, cuando Alejandro marchó a conquistar Asia, distribuyó como Dionisos todos sus bienes entre sus amigos, como si el mundo le perteneciese. Pérdicas, su compañero de armas, le preguntó:

— Si lo das todo, ¿qué te va a quedar?

— La Esperanza, repuso Alejandro.

Y una esperanza así de alada era la que sentían las grandes almas en los misterios: esperanza que no era sólo una esperanza en la otra vida, sí también una fuerza para ésta. Eleusis fué durante catorce siglos la Inspiradora y la Moderadora suprema de Grecia. Aún no se ha meditado bastante en el hecho de que sus hombres superiores fueron fervientes de las grandes diosas. De sus templos sacó Solón sus leyes; Temístocles, la fe en la victoria; Arístides, el genio de la justicia; Pericles, el arte de gobernar a las almas; Esquilo y Sófocles, la comprensión de las leyendas antiguas y su simbolismo sublime. Y, en fin, las representaciones y visiones del santuario dieron a Fidias, Lisipo y Praxiteles los modelos de esas

La Grecia heroica y sagrada

formas y expresiones divinas que nos llenan de encanto o de desesperación.

Hay una verdad en la que no sólo deberían meditar nuestros artistas y poetas, sino también nuestros filósofos y estadistas:

Cuando Deméter no produce iniciados en un pueblo, no tarda Pallas en dejar de hacer efebos.